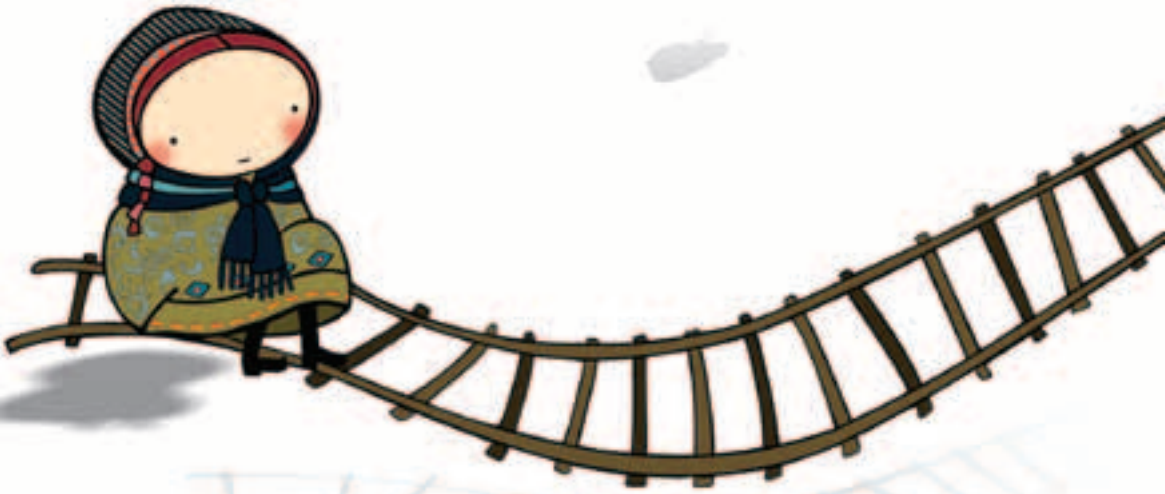




El Tren de las revolucionarias





Leer para pensar en grande

Lecturas Niños y Jóvenes



El tren de las revolucionarias



Textos
Becky Rubistein | Enrique Villada | Flor Cecilia Reyes
Marco Aurelio Chavezmaya | Sol Rubí Santillana Espinosa

Ilustraciones
Carlos Badillo Cruz | Patricia Rodríguez Salas | Patricia Romero
Ricardo Sánchez Arreola

Epílogo
María Teresa Jarquín



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Elizabeth Vilchis Pérez
Secretaria de Desarrollo Social

Consejo Editorial: Ernesto Javier Nemer Álvarez, Raymundo Édgar Martínez Carbajal,
Raúl Murrieta Cummings, Édgar Alfonso Hernández Muñoz, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

El tren de las revolucionarias

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México

D.R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente no. 300, colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

ISBN: 978-607-495-182-0

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. 2012
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/16/12

© Consejo Estatal de la Mujer y Bienestar Social, CEMyBS. 2012
Paseo Tollocan no. 304, colonia Altamirano, C.P. 50130,
Toluca Estado de México.
Teléfonos: (01722) 2 13 89 15 y 2 13 89 16
www.edomexico.gob.mx/cemybs
cemybs@edomex.gob.mx

© Secretaría de Desarrollo Social

© Becky Rubinstein | Enrique Villada | Flor Cecilia Reyes
Marco Aurelio Chavezmaya | Sol Rubí Santillana Espinosa, por textos.

© Carlos Badillo Cruz | Patricia Rodríguez Salas
Patricia Romero | Ricardo Sánchez Arreola, por ilustraciones.

© María Teresa Jarquín, por Epílogo.

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México,
a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Presentación

La lectura es fuente de conocimiento y diversión. Es oportunidad de goce y responsabilidad con lo aprendido, pues leer es una forma de comprender el mundo que vivieron nuestros antepasados y actuar de acuerdo a las conquistas que lograron.

En este libro se reúnen esas dos maneras de ver al mundo. Con la literatura y la historia es posible. Por eso, el Gobierno del Estado de México publica este volumen de relatos donde destaca el papel de las mujeres en la revolución mexicana, como soldaderas, impulsoras de la transformación de la sociedad junto a los hombres.

Con ello, el gobierno del Estado de México impulsa el conocimiento de la historia y el reconocimiento de las mujeres que contribuyeron a ganar las libertades que hoy gozamos.



Prólogo

Para nadie es un secreto que la revolución de 1910 no habría sido posible sin los trenes, pero sobre todo sin las mujeres. Por eso, seguramente, al tocar estos temas, habrás oído hablar ya de las soldaderas que participaron en la revolución al lado de sus esposos, parejas, padres o hermanos. Ellas los acompañaron y a veces también tomaron las armas para defender la misma causa.

Éste es un libro en torno a algunas de esas mujeres revolucionarias que durante la lucha armada de 1910 alcanzaron gran fama debido a su valentía o, incluso, debido a su belleza.

El Consejo Estatal de la Mujer y Bienestar Social quiere ahora acercarte, a través de este libro, a la vida, pero también a las circunstancias que rodearon a estas mujeres, personificadas aquí en cinco historias: la Rielera, la Coronela, la Valentina, Chona “la Tequerra” y la Adelita.






Todas ellas padecieron en carne propia las injusticias y la experiencia dolorosa de una guerra que provocó grandes cambios en la situación de los hombres y las mujeres de México.

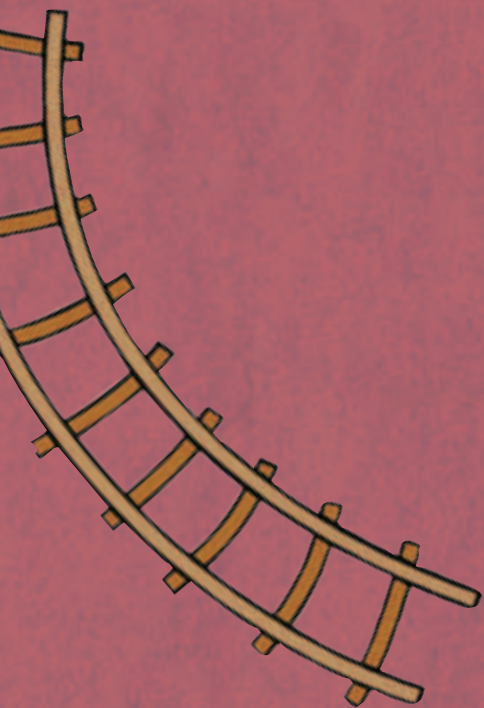
Te toca ahora a ti, que te inicias en la aventura y en el placer de leer, abordar este tren de revolucionarias y descubrir en las vidas de estos personajes el importante papel que tuvieron las mujeres en la construcción de la historia reciente de nuestro país.

MARÍA MERCEDES COLÍN GUADARRAMA





El **tren** de las revolucionarias



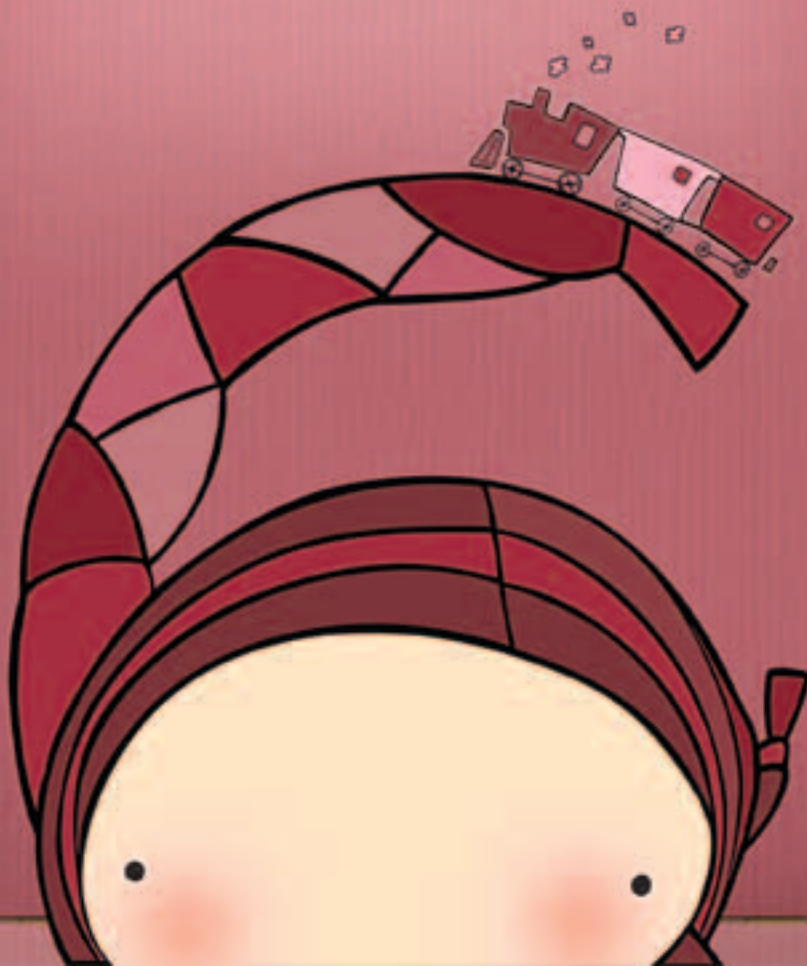
La Rielera



Marco Aurelio Chavezmaya

Ilustraciones

Patricia Rodríguez Salas





A las personas de edad nos gusta caminar, paso a paso, por nuestro bosque de recuerdos. Detenernos un poco, sentarnos a la sombra de la arboleda, suspirar, cerrar los párpados y esperar a que vengan la niñez y la juventud, como una pareja de aves, a posarse en la memoria y cantar su melodía.

Mi padre trabajó en el Ferrocarril Central. Le apodaban “el Rielero”. Mi madre contaba que yo vine al mundo casi sobre las vías del tren. Recuerdo que a mis cuatro años ella me tomaba de la mano y ambas dábamos interminables caminatas sobre la vía. Yo saltaba de un durmiente a otro. Mi mayor deseo era saber el sitio exacto donde se juntaban los rieles.



Pero el cansancio y el sueño terminaban por vencerme y mi madre me envolvía en su rebozo y me echaba a su espalda.

—Pobrecita, mi Lupe —decía—, los rieles sólo se juntan en la estación del sueño.

Mi madre era la única que me llamaba Lupe o Guadalupe. Para todos los demás era “la Rielerita”. En nuestra casa abundaba el trabajo y escaseaba el pan. Era una época difícil. Pero mi madre no se quejaba nunca, y gracias a ella yo desconocía la tristeza. “A pan de ocho días, hambre de dos semanas”, decía. Era una mujer alegre y sencilla que adoraba a mi padre. Él se levantaba muy temprano para irse a trabajar. A mediodía le llevábamos su almuerzo a la estación de Buenavista. Lo recuerdo parado en medio de las vías, quitándose la gorra para limpiarse el sudor. “Véngase, mi Rielerita”, gritaba. Y yo corría sobre los durmientes para echarme en sus brazos. Luego de almorzar, mi padre me cantaba una copla:





*Si porque me ves con botas
piensas que soy melitar,
soy un pobre rielero
del Ferrocarril Central.*



Y un día entre los días sucedió una tragedia: dos rurales asesinaron a mi padre. Arrastraron su cuerpo hacia una pulquería para que el crimen pareciera un pleito de borrachos. Corría el año de 1905 y yo estaba dejando de ser una niña. Mi madre sufrió casi tanto como yo. Despertábamos llorando y nos acostábamos igual. Ella perdió la alegría y yo no encontraba razones para seguir viviendo. A veces me decía: “No te enamores de un ferrocarrilero, porque la vida la tienen bajo las ruedas del tren”.

Mi madre quería olvidar los trenes y que nos fuéramos a Puebla, donde tenía una hermana. Pero yo, pese a todo, sentía muy metidos en la sangre los rieles y el recuerdo de mi padre. Lo que más anhelaba entonces era convertirme en despachadora de trenes, oficio que por esa época ya desempeñaban algunas mujeres. Y había telegrafistas también. Sin embargo, para ello se requerían estudios y recomendaciones. Y aunque mi padre fue estimado por su gremio, no conseguí el apoyo necesario. Me conformaba con vender fruta, no sólo en Buenavista sino también en la estación Colonia y en la de San Lázaro.

A principios de 1910 me hice novia de Juan Reyes Montoya, un joven que daba servicio con su tranvía de mulas afuera de las estaciones. Al





principio me pareció un muchacho grosero y ordinario, pero poco a poco me fue ganando la voluntad. Y llegó la mañana en que desperté y le dije a mi madre: “Estoy enamorada de Juan”. Y ella contestó: “¡Ay, mi Lupe! Ojalá te dure”. Me acuerdo que al caminar por la calle de Mina, rumbo a la estación, columpiaba el canastón de la fruta y me ponía a cantar: “Yo soy Rielera y tengo mi Juan, él es mi vida, yo soy su querer”.

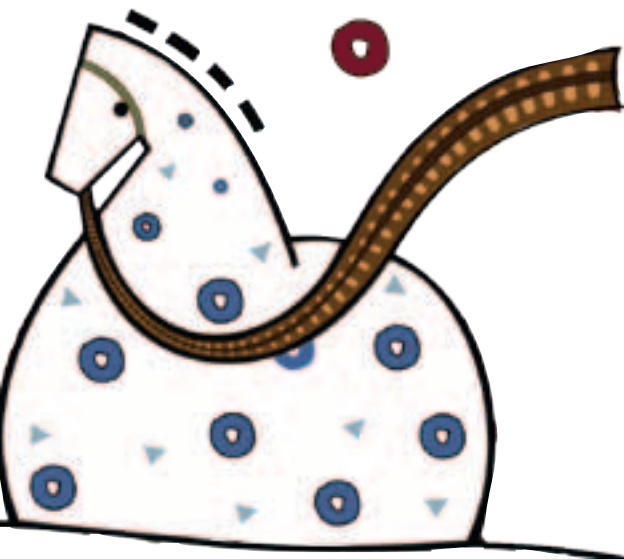


Meses más tarde a Juan lo encerraron en la cárcel de Lecumberri, pues un pasajero lo acusó injustamente de robo. Por ese entonces la revolución maderista ya sonaba en el norte del país. En el ejército porfirista había la costumbre de convertir a los presos en *pelones*, es decir, soldados federales. De esa manera, a principios de 1911, volvieron *pelón* a mi Juan –lo hicieron doblemente *Juan* pues así le llamaban también a los soldados–, le pusieron un fusil y fue enviado junto con otros expresidarios a combatir a las tropas del señor Madero.

Fue nuestra primera despedida. Tengo muy presentes sus palabras, que me dijo con un hilo de voz: “Adiós, mi Rielera, ya se va tu Juan”. “Por favor, regresa vivo”, le rogué entre lágrimas. Por fortuna, Juan se mantuvo con vida. Además ocurrieron por ese tiempo dos acontecimientos

gratos: Porfirio Díaz abandonó la patria y Madero

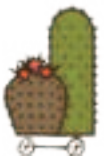
llegó a la presidencia. Juan y yo vivimos algunas semanas de felicidad





y aprovechamos para casarnos. Mi madre desaconsejaba mi unión. Decía que los soldados no pueden tener mujer, porque la vida que llevan es para echarse a perder. Sin embargo, terminó por aceptar mi matrimonio, y se fue a vivir con nosotros en la casa que Juan heredó de sus padres.

Mas la fatalidad nunca descansa. Puesto que Juan ya era soldado regular, lo llamaron para incorporarse a las tropas de Victoriano Huerta cuando éste salió hacia el norte, a combatir la rebelión de Pascual Orozco. Eso fue en enero de 1912.



Es cosa de no olvidar el momento cuando anunciaron la salida del tren militar. Mi madre estaba a mi lado. Yo le llevaba a mi Juan una canasta con bastimento para varios días. Pero lo que más deseaba era irme con él.

—Llévame contigo, Juan. Soy tu mujer.

—No, mi Rielera —decía. Tienes que quedarte con tu madre, cuidarla.

—Seré tu cocinera, como otras que se van con su hombre. Seré tu enfermera por si te dan un balazo. ¡Seré lo que quieras, pero llévame contigo!



—No, Rielerrita chula, tú no sabes lo que es eso. Yo he visto cientos de mujeres y niños hambrientos en medio del frío y de la lluvia, en los carros-plataforma, en los techos de los vagones; los he visto pelear por una tortilla, por un gabán y, mayormente, por el agua.

—No me importa —le imploraba—, yo quiero estar a tu lado.

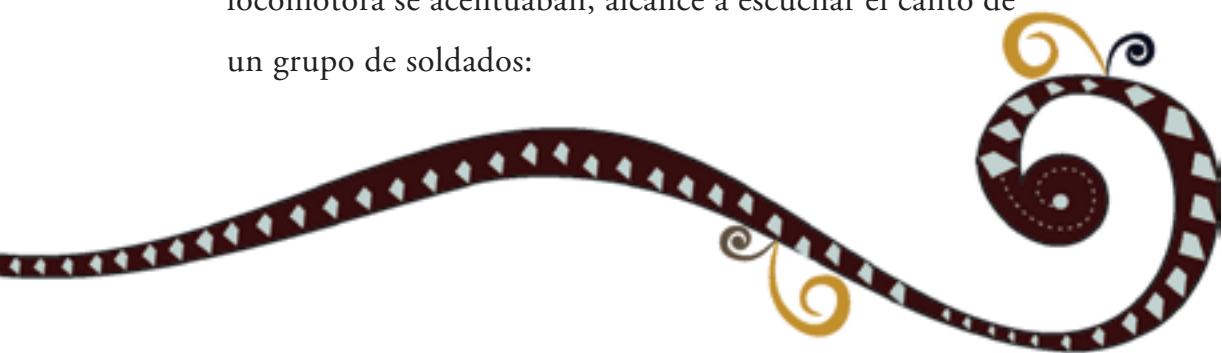
Recuerdo que mi mamá, enojada por la situación, me sacudió de los hombros.

—Lupe, escúchame, ¿quieres andar como esas desarrapadas que llevan el metate en el lomo, envuelto en el rebozo, y arrastran a un chamaco lombriciente?

El tren empezó a moverse. Juan volvió a decirme:

—Adiós, mi Rielera, ya se va tu Juan.

Era la segunda ocasión que nos despedíamos. Y acaso la última. Todavía, mientras los ruidos de la locomotora se acentuaban, alcancé a escuchar el canto de un grupo de soldados:





*No quiero ser porfirista,
no quiero ser orozquista,
¡pero sí quiero ser voluntario
en el ejército maderista!*

En la campaña contra Orozco, mi Juan conoció a Francisco Villa, nombrado capitán del ejército maderista, cuando Huerta puso a Villa al mando de las avanzadas. El levantamiento de Orozco fue sofocado con éxito y Juan regresó nuevamente. Entonces, lo obligué a licenciarse de la milicia y le pedí que se dedicara a su antiguo oficio.

Pero meses más tarde, en febrero de 1913, corrió por la capital una noticia terrible: “¡Mataron al presidente Pancho Madero!”. Decían que Huerta lo había traicionado. Junto con las noticias, se propagaron

los rumores de que en el sur y en el norte se estaba levantando la gente para vengar la muerte del presidente Madero. Yo tenía miedo, pero también muchas ganas de agarrar una carabina. Un día de aquellos Juan me dijo:

—Ora' sí, mi Rielera, tú y yo nos vamos a *la bola*. Pero nos vamos al norte, a buscar al general Villa y ponernos a sus órdenes.

Con todo el dolor de mi alma llevamos a mi madre a Puebla, con la parentela.


—Que Dios los bendiga —dijo.

—Adiós, madrecita, me voy con mi Juan.

Jamás la volví a ver.


Regresamos a México, preparamos nuestro viaje y luego partimos hacia el norte. Los meses que siguieron fueron muy duros. Juan se había quedado corto en sus descripciones de la tropa que acompañaba a los soldados. Nos robaron dinero, ropa y dos pistolas con cachas de marfil que eran el tesoro de Juan. Peregrinamos de un sitio





a otro, buscando la que ya era conocida entonces como la División del Norte. En ese periodo conocí el rostro más dramático de mi patria. La realidad era peor de lo que había pensado. Unos teníamos hambre de pan; otros, hambre de tierra; pero había muchos que tenían hambre de sangre. Vi puentes quemados por los federales, vías destrozadas, cadáveres a un lado de éstas despojados de armas, zapatos, sombreros y ropa útil, devorados a medias por los zopilotes. Juan y yo estuvimos en campamentos improvisados donde los hombres no sabían bien a bien por qué peleaban y donde las mujeres lavábamos la ropa y cuidábamos niños que ni siquiera eran nuestros. Y me tocó moler maíz a todas horas y cargar un metate en la espalda, como había dicho mi madre.

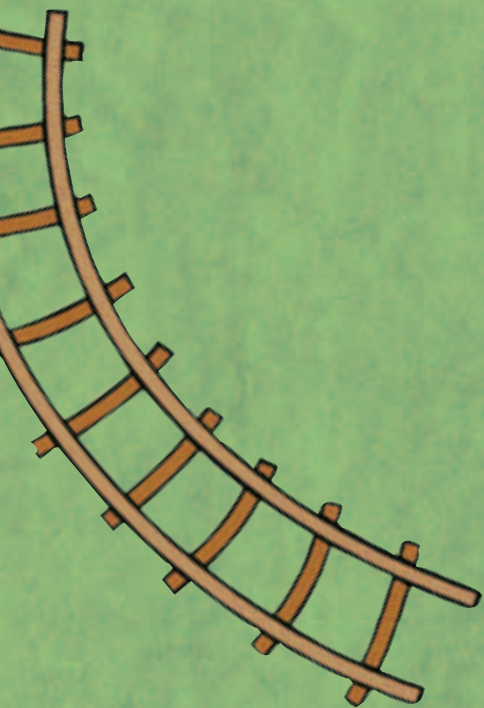
Por fin, en febrero de 1914, en Durango, hallamos a las tropas de Villa. El general se acordó de mi Juan. Llegamos a tiempo para el asalto final a Gómez Palacio. Fue una cita puntual con la muerte, pues en el asedio nocturno a la ciudad, mi Juan fue ametrallado. Recuerdo el olor de los cuerpos quemados en las piras funerarias. Recuerdo también, como entre sueños, cómo venían los trenes, uno después de otro, en toda la longitud de la vía, hasta donde podía verse, lanzando silbatazos de triunfo, repletos de soldados y soldaderas que gritaban vítores y vivas.





Pasaron los años. Mi vida en soledad continuó asociada, de un modo u otro, a la vida ferroviaria. Luego me hice vieja y me fui a vivir a Puebla, con los hijos de mi tía.

Y ahora que estoy cerca de mi última hora, cuando escucho un tren, cuando oigo su silbato, me acuerdo de mis muertos, de mi padre y de mi madre. Y luego me pongo a llorar por mi Juan. Pobre de mi amado compañero, cómo olvidar cuando me decía: “Adiós, mi Rielera, ya se va tu Juan”.





Mi Coronela, dice la Lagartija

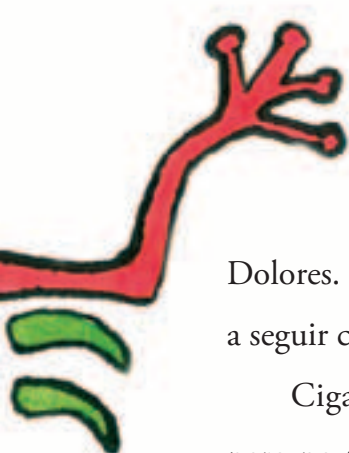


Sol Rubí Santillana Espinosa

Ilustraciones

Patricia Romero






Yo no sé decir mentiras. Las lagartijas no estamos acostumbradas a hacerlo, así que lo que te cuente va a ser la mera verdá. Pero mira, Cigarra-Cigarrita, déjame ponerme este rebozo y, mientras me enchino las pestañas, ve afinando ese guitarrón, pa' que entonemos el corrido de mi Coronela

Dolores. Pos, manque ya se nos haya ido, nosotras le vamos a seguir cantando.

Cigarra-Cigarrita, tú y yo ya 'tamos viejitas, pero no tanto como para no acordarnos de'lla. Así que, mientras me unto colorete en las mejillas, voy a contarte otra vez su historia... ¿Qué, pues? Tú ráscale al guitarrón, Cigarra-Cigarrita, manque con los años te hayas güelto desafinada...



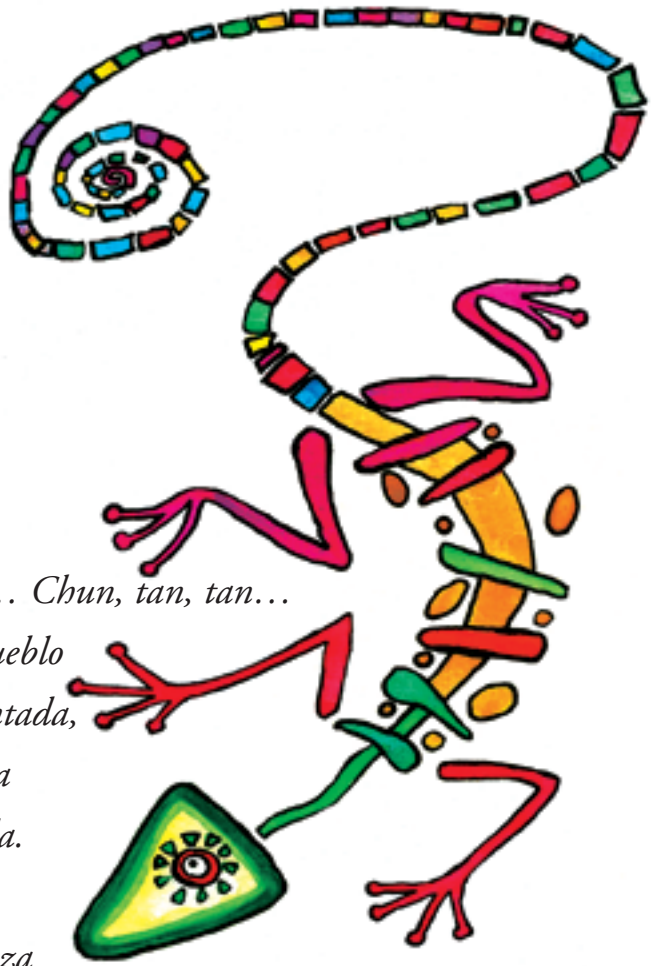
—Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...

Soy lagartija del pueblo
con mi boquita pintada,
ella cigarra con una
carita rebién lavada.

Ella le rasca la panza
a ese gran guitarrón.
Yo les endulzo el oído
con mi humilde canción.

Era Dolores aquella
de quien les vengo a contar.
Y con respeto voy a ella
mi Coronela nombrar...

—Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...



¡Ay, Dios mío! Seré lagartija y andaré con bastoncito, pero me queda rehartita alegría, Cigarra-Cigarrita. Nomás me acuerdo de mi Coronela Dolores y me dan ganas de zapatearle... ¡Zapatéllale, pues! Y mientras, te cuento cómo conocí a mi Coronela.

Ella nació en casa grande, donde nunca le faltó nada. Era hija de un señor muy importante. Tenía el pelo negro y los ojos grandes, grandes, prietos, prietos, como si la noche viviera en ellos. Nos conocimos un día, mientras ella cortaba flores de la enredadera de la barda de su casa. Ahí 'taba yo muy echada. Tomaba el sol cuando ella me descubrió. “¡Qué bonita!”, me dijo, y a luego, luego nos






hicimos amigas. Yo la acompañaba en sus lecciones, en las que aprendió a leer. Leía y leía la historia de mi México, y a luego le dio por escribir. Yo me trepaba en su lápiz. Ella lo meneaba y yo me carcajeaba.

¡Ay!, Cigarra-Cigarrita, Dolores fue creciendo y ya más grande empezó a componer poemas. Retejoven se volvió periodista y se organizaba con otras mujeres



pa' discutir sobre política; porque mi México, Cigarra-Cigarrita, andaba mal. La mayoría de las personas no 'staban de acuerdo con que Porfirio Díaz, el presidente de ese entonces, llevara tantos años en el poder. Además había familias muy ricas, pero también familias retrepobres. Unas tenían de más y a otras les rugía la tripa del hambre que traían...



—Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...

*Eran tiempos de hambruna
en todita la nación,
todos le echaban la culpa
a la total reelección.*

*El presidente Porfirio
no quería dejar la silla.
Andaban bien disconformes
calientes como parrilla.*

*Se levantaron en armas,
como dice esta canción,
se fueron todos en bola
armando revolución...*

—Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...





¡Ay, ay, ay!, Cigarra-Cigarrita, como Dolores quedó huérfana muy joven, comenzó a convivir con los pobres y se dio cuenta de todas las injusticias. Entonces se unió a la revuelta. Los jefes de los movimientos la dejaban redactar actas, hasta que un día junto con sus dirigentes, la llevaron pa' la cárcel por subversiva. Pero salió y siguió aportando ideas y apoyando la revolución. Y vieras que un día ya no le fue suficiente escribir cartas, poemas, discursos y publicar sus artículos en los periódicos de aquellos años. Así que en uno de sus amaneceres, juntó sus tiliches, me trepó en su hombro y se unió al ejército de campesinos y obreros.

El pueblo se había levantado. Hombres, mujeres y niños le entraron. ¡Ay!, Cigarra-Cigarrita, no es común que las mujeres vayan a la guerra, pero en mi México jué

diferente. Eran puras mexicanas que caminaban detrás de sus esposos, padres y hermanos. Muchos hombres iban a caballo y ellas marchaban a pie. Y a luego, también le entraban a la peleya. Ellas hacían de comer y atendían a los hombres y a los chamacos, pero también aprendieron a disparar, a cargar armas y a manejar caballos. Les decían las soldaderas. Y ansina como los hombres tenían sus coroneles y generales, asimesmo las mujeres dijeron que mi Dolores, por ser la más instruida y letrada, por estar cerca de los jefes, tenía que comandarlas a ellas...





—*Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...*

*Con carrilleras y rifles
aprendieron a luchar.
Dolores junto con ellas
quiso ponerse a marchar.*

39

*Como sabía de libros
a los niños educó.
Siendo maestra, Dolores
luchando bien que instruyó.*

*Yo iba siempre en su hombro
por eso puedo contar,
mi Coronela Dolores
sí que aprendió a disparar...*

—*Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...*

¡Uy, uy, uy! Eso, Cigarra-Cigarrita, échale, con sentimiento. Fue andando en *la bola* donde nos conocimos tú y yo. Siempre andabas sobre el rebozo de Celerina, una de las soldaderas que lo mismo cargaba a su chamaco que a su rifle. Ella iba siguiendo a su esposo, hasta que se lo mataron en combate. Ella quería regresarse, pero mi

Coronela le habló claro. Le dijo que no era por eso que andábamos todas en *la bola* sino que teníamos que seguir peliando.

Decía: “Si nosotras luchamos hoy, tus hijos y tu nación tendrán pan y educación mañana”. Celerina se quedó a pelear, lo mismo que tú a tocar ese guitarrón panzón que ’ora rascas pa’ hacer música.

Muchas de esas mujeres han sido olvidadas por la historia, pero aquí estamos tú y yo pa’ recordarlas. Mi Coronela Dolores era líder, valiente e inteligente; revolucionaria porque se unió a la lucha pero también por su manera de vivir. Porque en esa época eran muy pocas las mujeres





que encabezaban el movimiento.
A casi todas les tocó la mala suerte
de ser encarceladas y fusiladas. Mi
Coronela Dolores fue
una de ellas...

—Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...

La metieron a la cárcel,

mi Coronela lloró,

pues esa tan grande jaula

de la lucha la alejó.

Desde adentro de la cárcel

cartas yo la vi escribir,

luego por mi mala suerte

la tuve que ver morir.

Siempre la recordaremos.

Mi Coronela será

una de esas mujeres

que México admirará...

—Chun, tan, tan... Chun,

tan, tan...

Y aquí se acaba el
corrido, Cigarra-Cigarrita.

Le doy vuelta a mi

rebozo pa' decir que

luego de llorar su

muerte, me escapé





por uno de los barrotes de la cárcel y regresé a la lucha, nomás pa' ver a mi México resurgir.

Mi Coronela Dolores es cómo tú y como yo, entre la lucha se perdieron nuestros nombres, mas nunca nuestro valor. ¡Ajúa! ¡Y zapatéllale!, Cigarra-Cigarrita.

—*Chun, tan, tan... Chun, tan, tan...*



Mi Valentina



Enrique Villada

Ilustraciones

Carlos Badillo Cruz





¿Cuántas veces es posible contar una historia? Muchas seguramente. Y al contarla, a esa historia le brotan alas, se impregna de imaginación.

Ahora te doy estas palabras para que las guardes y las transmitas a otros niños como tú, cuando sea necesario. A través de mi relato, mi abuela sigue viva y es ella la que te habla.

Mi abuela era una mujer sabia, aunque se decía una “india ignorante”. No había ido a la escuela y toda su vida había trabajado en el campo. Empuñaba una herramienta, el azadón o la hoz, lo mismo que un hombre. Era prudente y de conducta intachable.

A veces nos decía, a mis hermanos y a mí:

—¿Para qué les sirve la escuela, acaso de veras son educados? Miren nada más, desperdician la comida, no respetan el mundo que tienen. Aprendan a trabajar, sean diligentes, hay tantas cosas sagradas que deben valorar...

—Abuela, pero por qué nos dices eso, por qué nos regañas tanto.

—No es regaño, es consejo. ¿Quién me dice cómo estaba este país antes de la revolución? ¿Y cómo fue la lucha

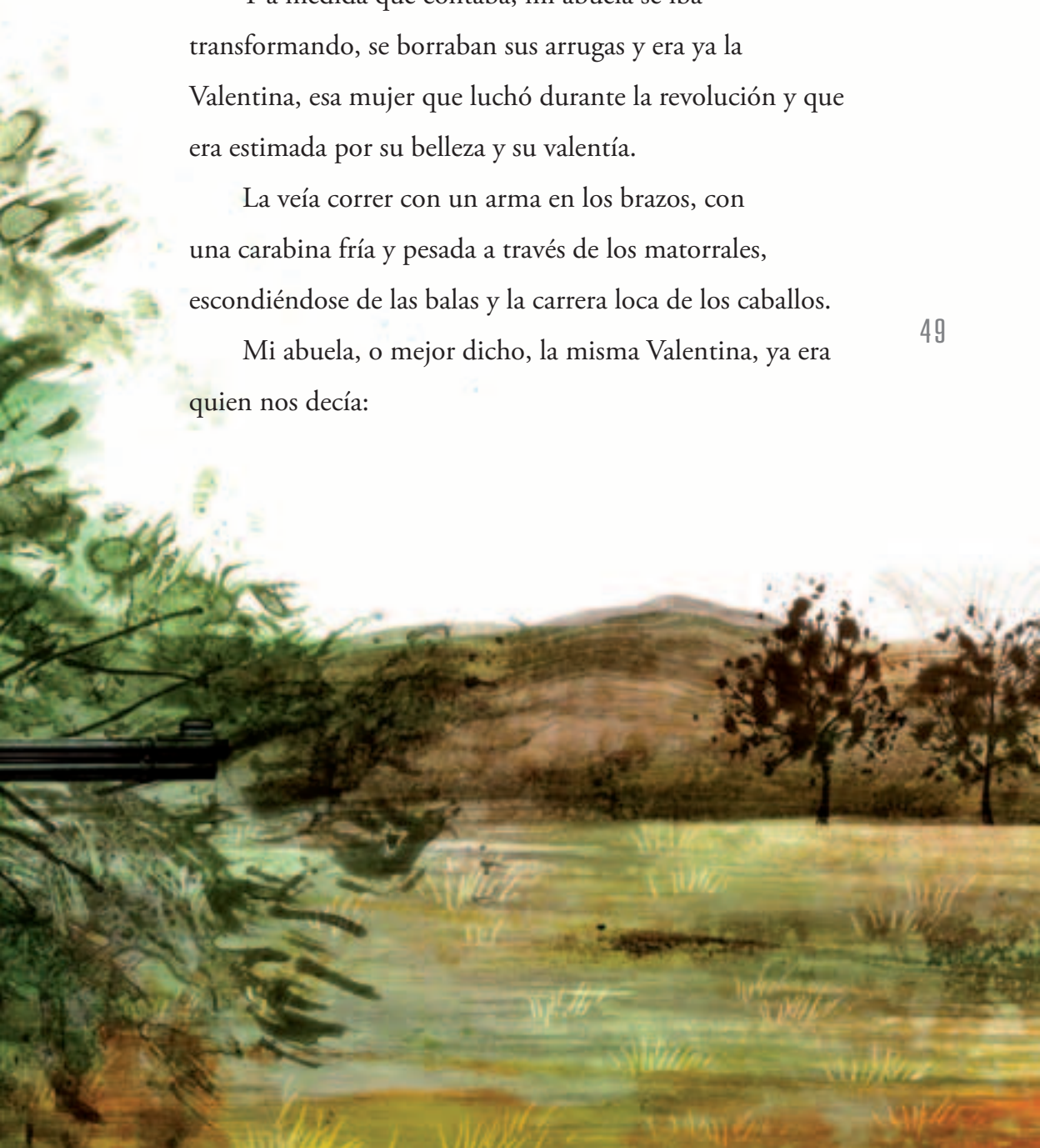


armada que dejó muchos muertos y sufrimientos? ¿Verdad que no saben...? Pues les voy a contar...

Y a medida que contaba, mi abuela se iba transformando, se borraban sus arrugas y era ya la Valentina, esa mujer que luchó durante la revolución y que era estimada por su belleza y su valentía.

La veía correr con un arma en los brazos, con una carabina fría y pesada a través de los matorrales, escondiéndose de las balas y la carrera loca de los caballos.

Mi abuela, o mejor dicho, la misma Valentina, ya era quien nos decía:



—Las guerras no son buenas, dejan dolor y más dolor. Durante la revolución sufrió mucha gente que no tenía ninguna culpa. Venían los revolucionarios, o venían los bandoleros, y cargaban con lo que podían. La gente se moría de hambre o de enfermedad. Se robaban a las muchachas, se llevaban a los hombres para pelear.

En una guerra sufrimos todos, los niños y los viejos. Todo es confuso, como un mal sueño, como la fiebre. Pareciera que ya no hay buenos, algunos tienen que matar para vivir.

La tierra sólo da espinas, no como ahora, cuando los prados se llenan de mirasoles y las milpas tienen mazorcas y los árboles dan frutos.





Imagínense qué se siente ver a hombres colgados de las ramas, con la lengua de fuera, con los zopilotes revoloteando a su alrededor.

Tan sólo de acordarme del hambre de aquellos tiempos me dan escalofríos. Nos comíamos hasta las hierbas, estas que ven aquí, pero claro, crecía una que otra, como si la tierra estuviera enojada.

Los hacendados, cuando podían, escondían su dinero y se iban para otra parte, otros morían fusilados. No todos los revolucionarios tenían conciencia de por qué peleaban, aunque... díganme nomás, ¿quién no va a querer tranquilidad, tierra para cultivar, una casa?

Mi abuela se quedaba pensando. Ya no era más la Valentina, era otra vez la abuela de todos los días, que nos enseñaba la virtud del trabajo y los buenos modales.

—Abuela —le preguntaba yo—, ¿y por qué se peleaban en la revolución?

—Se peleaba por la tierra, por quitar a los malos gobiernos, por ser libres, para tener leyes justas. Miren, por allá, detrás de esos cerros se veían las polvaredas de los revolucionarios y detrás los soldados pisándoles los talones. Pasábamos días y noches escondiéndonos.



Y luego los que se habían salvado de las balas, se morían por la gripa, esa epidemia espantosa que llegó después... y otra vez, las personas se morían como moscas.

Cuando terminó la revolución —seguía contando mi abuela—, mi madre nos alimentaba con una jarrito de pulque, tortillas y salsa. Eso era nuestro alimento.

¿Ven por qué no me gusta lo que hacen?, desdeñan la comida, se dan el lujo de rechazar lo que su madre les prepara, yo los quiero mucho y por eso me gustaría que fueran personas buenas, educadas. Si algún día los veo maltratar un libro, ese día me las pagan, el que rompe un libro no es buen ciudadano.

—Abuela, y qué pasó con Valentina, qué más ocurrió en la revolución.

—Esa mujer fue tan famosa que hasta le hicieron un corrido:



*Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir
que una pasión me domina,
y es la que me hizo venir.*

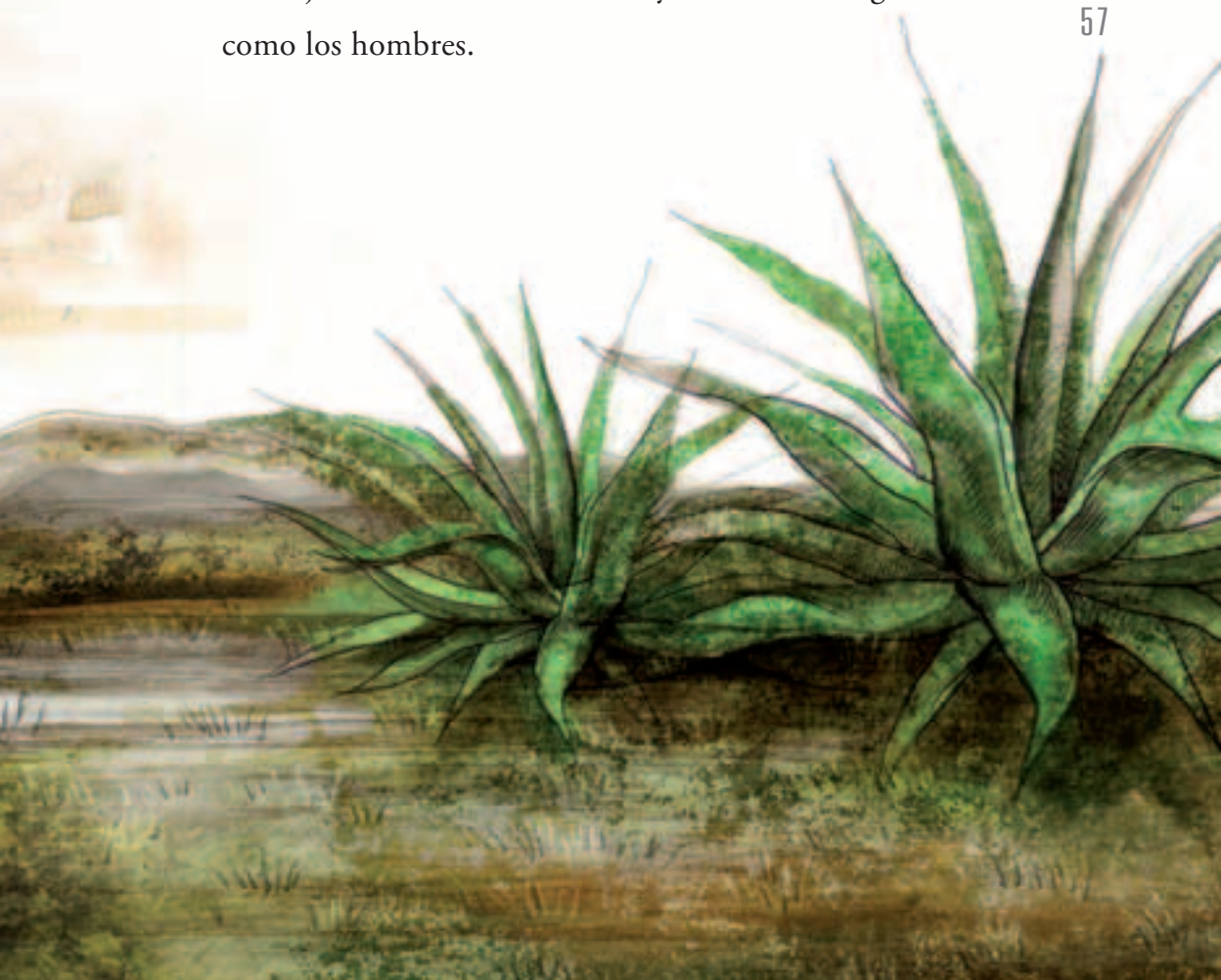
*Dicen que por tus amores,
un mal me van a seguir,
no le hace que sean el diablo,
yo también me sé morir.*





Otra vez imaginaba a mi abuela, con su carabina, sus cananas cruzadas al pecho, disparando desde detrás de un árbol. Mi abuela, valiente y hermosa, sobreviviendo entre tantos peligros, con un montón de pretendientes que querían conquistarla, pues les parecía una mujer extraordinaria.

Y no es que fuera la única mujer que peleaba, no. Había muchas, se iban detrás de sus hombres para curarlos o para prepararles la comida. Otras servían de mensajeras o tomaban un arma, y eran tan arriesgadas como los hombres.



Cualquier lugar podía ser un escondite: un templo, una tumba, una cueva en el cerro. En cualquier lugar podía uno morir. Cuando el tiempo pasó, si por ejemplo rascaban para construir los cimientos de una casa, no era raro encontrar esqueletos.

Entonces, las personas que los hallaban, daban aviso a las autoridades y los sepultaban en el cementerio, como



se acostumbra. Celebraban una misa. Por fin los muertos descansaban en paz. Nadie sabía de quiénes eran esos esqueletos y cómo habían muerto.

Tal vez por eso existen tantas historias de aparecidos. “Que te va a salir el muerto; que si no te portas bien, el muerto te va a jalar de las patas; que a mí el muerto me hace los mandados”, y cosas por el estilo.





*Si porque tomo tequila
mañana tomo jerez,
si porque me ven borracho
mañana ya no me ven.*

61

*Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies,
si me han de matar mañana,
que me maten de una vez.*

Por el relato de mi abuela entendía también tantas historias de tesoros encontrados. Es decir, después de la revolución, se contaba que algunas personas encontraron tesoros al tirar una barda de adobe, al estar cultivando la milpa.

Se decía que fulano de tal había encontrado un tesoro, pero que como no era para él se le volvió carbón o arena. Que los trabajadores encontraron una olla llena de monedas de oro y que el dueño del terreno donde trabajaban les dio una recompensa y los mandó a sus casas, pero que él se hizo inmensamente rico.

—Abuela, ¿y cuándo encontraremos un tesoro? ¿Y si rascamos en el patio de la casa?

Mi abuela nos contestaba:



—En primer lugar, si quieren dinero, trabajen y, en segundo lugar, rásquense las narices. En mi casa nadie rasca.

—¿Y qué pasó con la Valentina, abuela?

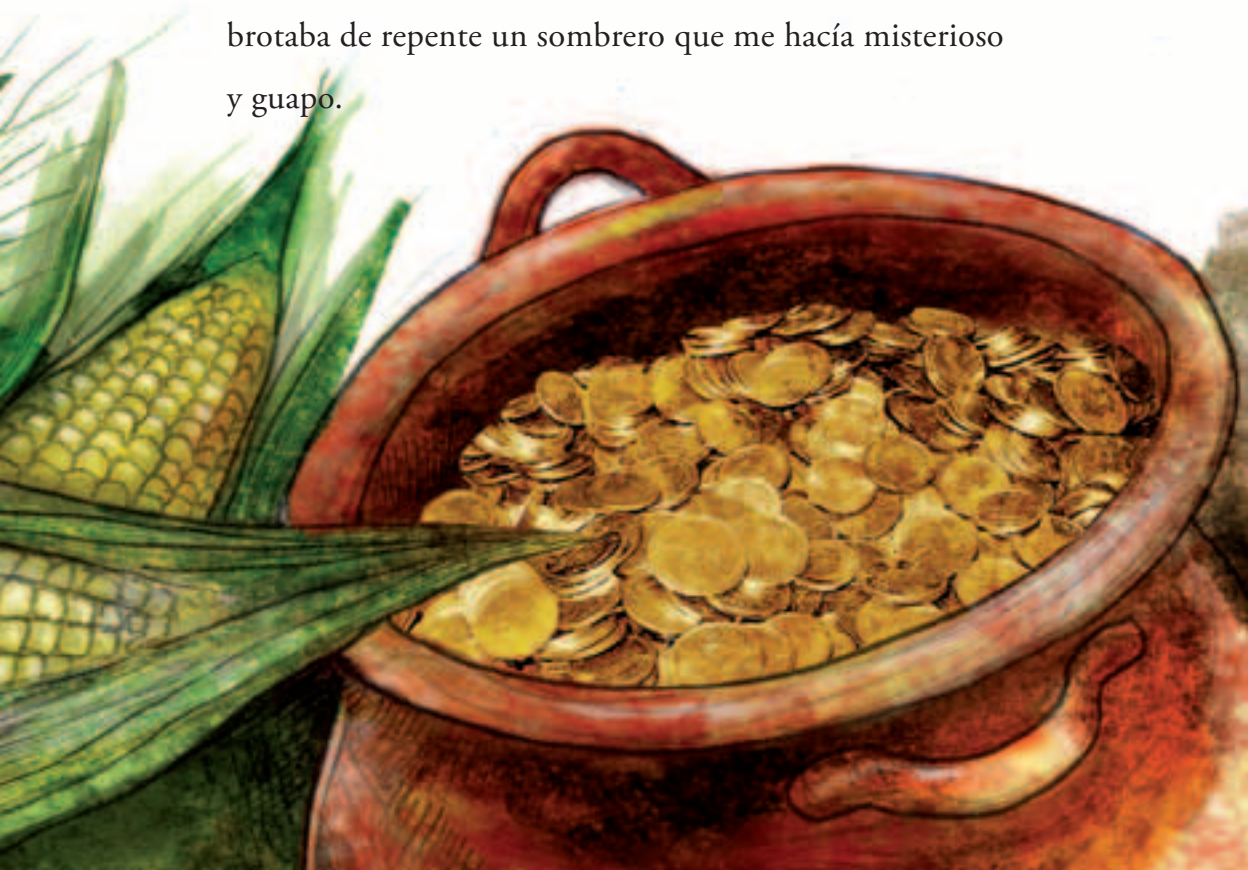
—La Valentina se pierde en la historia, anda cabalgando. Ella y muchas personas que no tienen nombre nos dieron este país, nos enseñaron a pelear por nuestra dignidad. Nos hicieron libres.

—Abuela, cuéntanos otra vez la historia de Zapata.

—Claro que sí. ¡Mi descalzo general Zapata! ¡Ese sí era un hombre de verdad!

63

Mientras mi abuela contaba, me salían bigotes, me brotaba de repente un sombrero que me hacía misterioso y guapo.



Qué batallas tan duras, donde peleaba yo, con mi ejército de indios, por la tierra y la libertad.

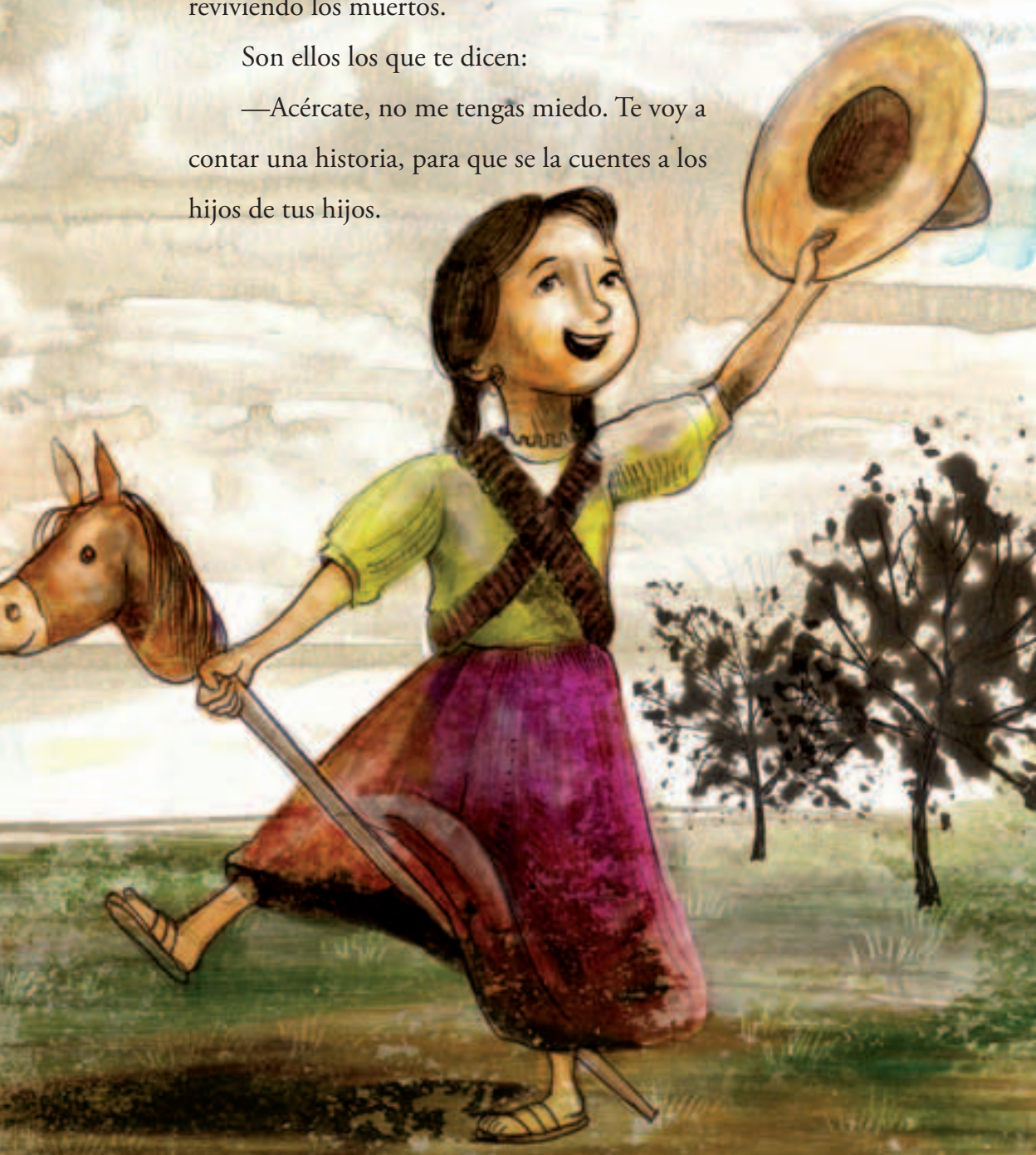
A veces, a su regreso del trabajo, mi abuelo era el que contaba. Yo lo imaginaba como Pancho Villa o como algún personaje maravilloso. No me cansaba de escuchar. Pero los años han pasado. Mis abuelos murieron, ¿o están vivos?

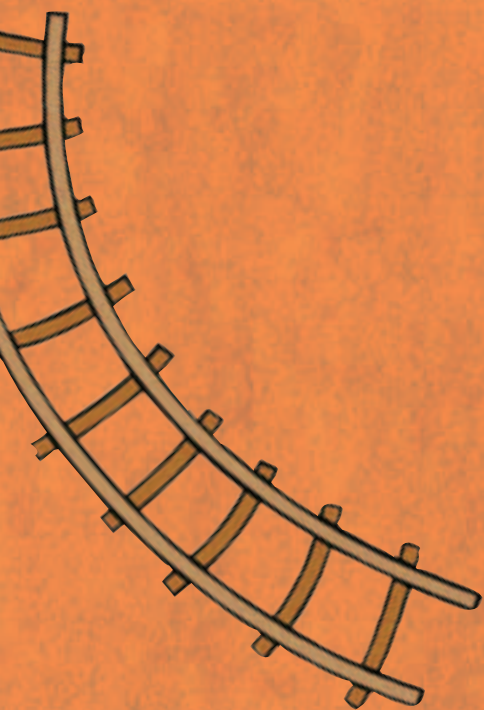


Tal vez ellos hablan a través de mí. El tesoro que quería encontrar eran sus historias. Tal vez las llaves del tesoro están bajo mi lengua, y cuando tú me escuchas van reviviendo los muertos.

Son ellos los que te dicen:

—Acércate, no me tengas miedo. Te voy a contar una historia, para que se la cuentes a los hijos de tus hijos.





Chona “la Tequerra”



Flor Cecilia Reyes

Ilustraciones

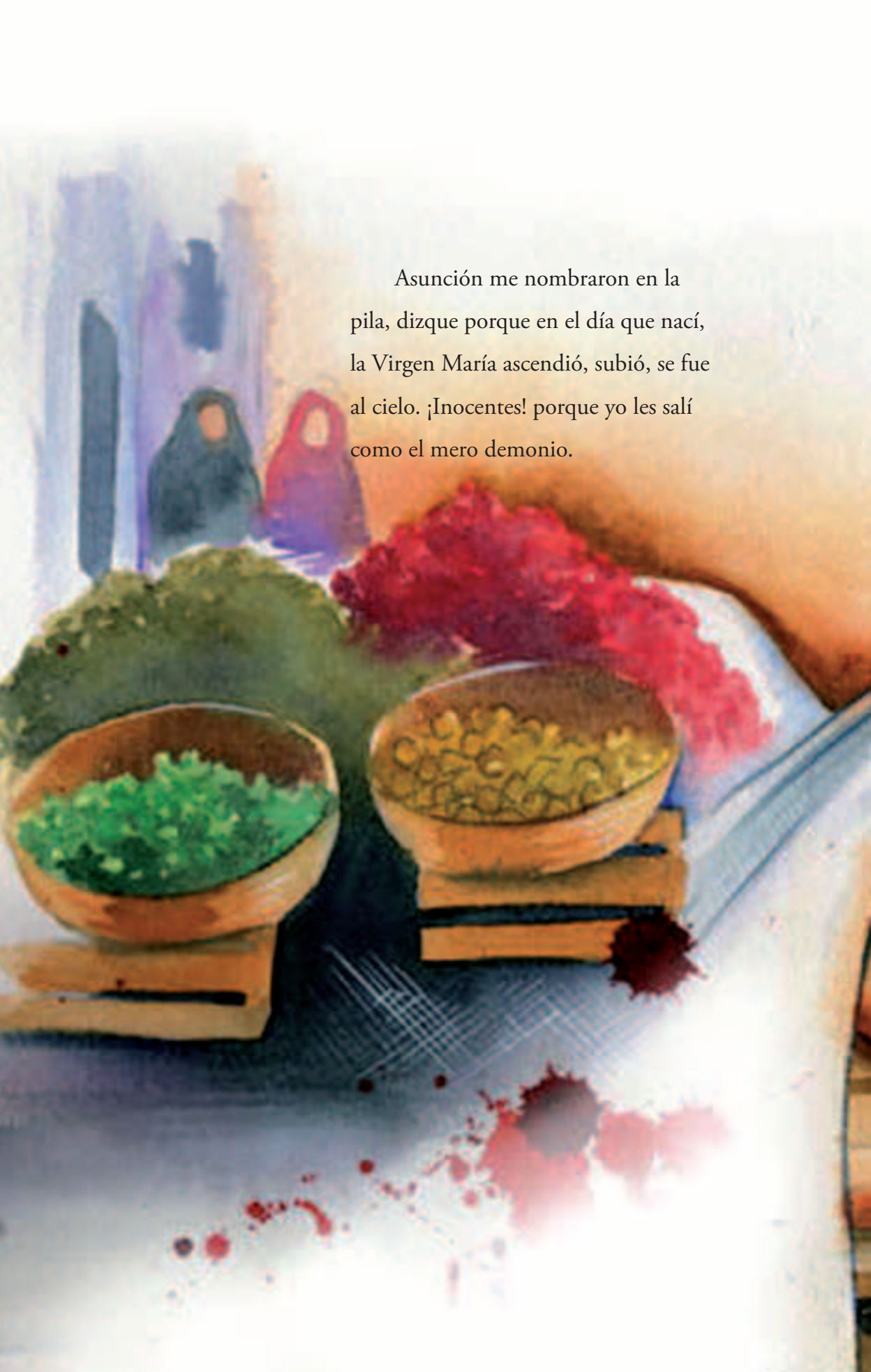
Ricardo Sánchez Arreola





Nací un 15 de agosto, mero cuando los aguaceros y los truenos caen a gusto sobre el monte.
Mi nani me decía que nació por la angurria, que me urgía pues, alborotada por el cueterío que estallaba en el cielo desde la madrugada para la fiesta de la Virgen. Mi madre comenzó con dolores y dolores hasta que rompió en aguas y, atascada como soy, me le salí antes de tiempo.



A watercolor illustration of a table with two bowls of food. The bowl on the left contains green food, and the bowl on the right contains yellow food. A red cloth is draped over the table. In the background, two figures are visible, one in a blue headscarf and one in a red headscarf. The scene is set on a blue and white checkered tablecloth. There are some red stains on the tablecloth in the foreground.

Asunción me nombraron en la
pila, dizque porque en el día que nací,
la Virgen María ascendió, subió, se fue
al cielo. ¡Inocentes! porque yo les salí
como el mero demonio.

Desde ansina chiquita no conozco el sosiego. Me
tenían que apretujar con el rebozo para amamantarme
porque ni la canija hambre me vencía.

Nigua, me decía mi nani porque parecía yo piojo
jodón, rebelde y marimacha.

Pero a mí me gusta que me digan Chona, más por
calzonuda que por Asunción.

Mujer, pobre y con el santo patas pa' arriba, más me
ha valido ser fuerte; valen más los ojos secos y las manos
duras de jalar la reata y el gatillo. Vale
más ser la Chona, espoleada en la
sangre; ni varón ni poder me
ningunean; vale más ser la
Chona jijadelajjurria.



Cuando llegué a Ahuacatlán, apenas si me reconoció mi nani, mugrosa y tilica como estaba. Me encontró doña Meche, vecina de la ranchería, en el mercado de Malinalco, vagando cual alma en pena; comía lo que pepenaba y dormía debajo de los puestos, entre los bultos de los marchantes, apenas cubierta con el rebozo tieso por la sangre de mi madre.

Muchos días pasaron desde el novenario de mi mamá y mi hermano. De mi papá nada se sabía. Decían los del pueblo que se lo habrían llevado pa' las minas de Taxco, a trabajar por fuerza, que así arriaron con todos esa tarde.

Yo me acuerdo de poco, pero lo suficiente: el ruido aterrador de los cascos de los caballos, polvo, gritos, látigos y tiros silbando en el aire y la cara del infeliz que después de llevarse a mi madre y a mi hermanito entre las patas de su cuaco, se regresó a reventarla de un plomazo.

Todo miré escondida en el tenate, donde transportábamos los petates y los aventadores de palma que llevábamos a vender en ese día de plaza. Todo miré y se me fue pa' dentro como piedra, como una enorme piedra que rompe agua en el río.

Quedé muda dos años, mi nani, pobrecita, me daba mis tecitos con baba de perico, para ver si me volvían las palabras, y me enseñaba las cosas de mujeres: que si ya el nixtamal, que las tortillas, que si a tejer la palma, sumida en la miseria de una orfandad sin nombre.

73



Pero en cuanto podía me juyía como una cabra loca y me le juntaba a los arrieros. Allí sí estaba a gusto, ellos no querían plática, nomás chiflaban recio y caminaban arreando a los animales con la carga, tampoco les importaba que fuera una chamaca, al fin ni bulto hacía.



Yo nomás ayudaba con lo que me dejaran y pardeando la tarde me mandaban de regreso a la ranhería con los que iban pa'llá.

Mi nani me tundía a regaño y coscorrón.

—¡Me tienes con el Jesús en la boca, recondenada escuincla!


Entre vuelta y vuelta, le aprendí a los arrieros a trincar fuerte la leña y los canastos. Monté a lomo de mula y si estaban de buenas hasta ensillar al caballo me dejaban.

Así aprendí lo que en mi vida sería preciso; montar y lazar a horcajadas como hombre, brava como animal. Nadie podía creer tal fortaleza de mi tamaño enjuto y mi silencio necio. Ese era el tamaño de mi rabia.

No cumplía los doce todavía cuando, con voz cavernosa, salida de las tripas, dije a mi abuela, que me miró espantada, no sé si por mi voz o lo que hablé:

—Voy con Pedro Saavedra, el de Totoltepec, a Tenancingo, voy a arrearle ganado, va a pagarme.

La nani se silenció, se le aguaron los ojos, ni rezongó siquiera; nomás alzó su mano y me echó



la bendición. Sabía como era, mi abuela adorada conocía muy bien que nada se puede contra el necio destino, y el mío hacía mucho ya estaba echado.

Llegamos cayendo el sol a Tenancingo para la feria grande de la fiesta de El Carmen. Dejamos el ganado en el corral y fuimos a echar taco, ya nos andaba de hambre. Mi trenza recogida debajo del sombrero, con calzón y sarape, guarincito mugroso seguro parecía. Ellos tomaron pulque, yo tepache. Se me cargó el cansancio y me enfilé al machero para echarme un ratito.

Saliendito lo vi, tirado de borracho en el portal, el mismo desgraciado varios años después. Un líquido caliente me corrió por las piernas, qué dolor del que sabe lo que es mearse de miedo. Chamuco, que es mi santo, me puso un canijazo y entonces lo vi así, de corderito, con su alazán al frente, como perro, esperando.



Le quité las espuelas, amarrando sus patas apestosas con la mismita reata que estaba en su montura. A la silla lo até, acaricié al caballo que jadeaba nervioso, me trepé con trabajos porque mis pies no alcanzaban ni el estribo. El alazán jaló al primer fuetazo, corrió para el Calvario como alma que lleva el Diablo. Al llegar a la ermita, el lazo sólo traía un guñapo sangriento.

Un año entero anduve por el monte hasta que me apresaron los *pelones*, de paso se llevaron a mis compas que no tenían más vela en este entierro. Me encerraron por echarme a un carrancista de alto rango. Cuando llegué a las garitas en la cárcel de Tenancingo, los presos me aplaudían

y gritaban “¡Viva Chona, Chona ‘la Tequerra!’”. No sé por qué *Tequerra*, a lo mejor por tierra, nunca supe, pero se oía bonito el vitoreo.

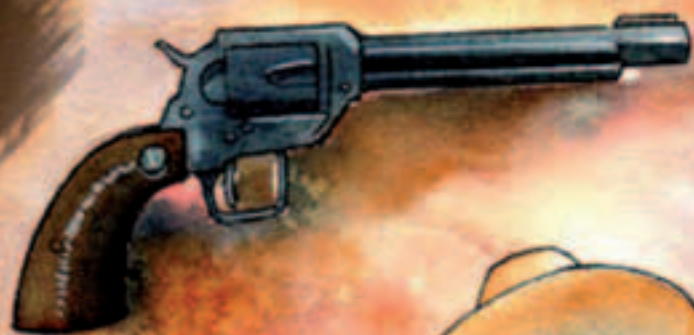
Trece años apenas ajustaba, pero echarme al colorado desgraciado, que ya debía tantas, y matarlo como lo hice, me valió una fama que me marcó pa’ siempre y que me tengo como único tesoro.

Allí adentro, durante los tres años que estuve encarcelada, aprendí lo que ni los arrieros me enseñaran. Afuera había revuelta por posesión de tierras, los sin nombre y sin rostro como yo y como los míos que estaban en la ranchería muertos de hambre y sin ninguna esperanza se habían alzado en guerrillas en contra del mal gobierno.

Mi abuela, en Ahuacatlán, murió de olvido y aquello me aguijoneaba en lo profundo.

Pedro Saavedra nos traía noticias. Fue él quien nos habló de la revuelta y su intención de aliarse con Zapata.

Saavedra era un buen hombre, de palabra, por eso en unos días se hizo de tanta gente pa’ la causa. Pero en la cárcel estábamos los suyos y por nosotros vino a fuerza de machete y carabina, de qué otro modo. Así me uní a *la bola*.



Entre pólvora y hambre, curtí el miedo. Trepada en mi tordillo me hice mujer, a muchos de los nuestros vi morir y otros tantos pasaron por mi reata. Conocimos a pelo los caminos del sur donde se nos juntaban muchos otros, sin tierra y con la rabia como armas.

Pedro Saavedra era bueno para saber dónde encontrar armas. Así peinamos haciendas recogiendo oro y plata pa' sostener la guerra. Saavedra nunca fue mi hombre, pero



era yo de todas sus confianzas; respetada, mi opinión sí pesaba.

Me llamaron a Tenango para recibir la carta en la que mi general Zapata me nombró coronela: “...por su bravura, lealtad y compromiso con la causa, coronela Asunción Villegas”.

Nunca volví a escuchar mi nombre tan rechulo, aunque me durara poco el gusto.

Aunque no sabía leer ni escribir, yo era gente enterada de lo que sucedía. Así fue que supimos que en Querétaro habían firmado una carta los meros meros que pensaban y sabían de leyes para poner de acuerdo al gobierno y los de la revuelta, que éramos nosotros; para buscar la paz y la justicia. Constitución se llamaba la tal carta. No me daba para mucho la entendedera con este asunto, nunca supe si firmando papeles ya estaríamos en orden, ni Saavedra me



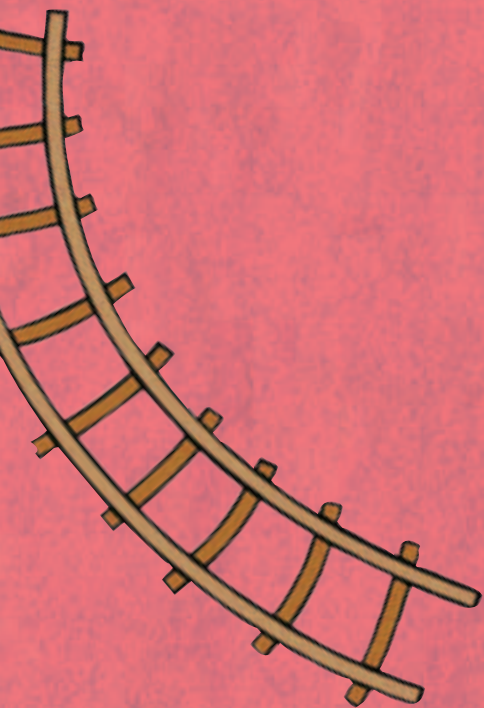




lo pudo explicar, pero hasta ahí llegamos y 'ora sí, cada chango a su mecate.

Me regresé a Tenancingo, organicé a las mujeres para los asuntos de la tierra y para que contáramos; que nos oyeran, pues, luego de tanta friega.

Mi nombre no aparece en los libros que hacen los que cuentan la historia, pero me va mejor porque Chona “la Tequerra” aparece con música en corridos, de mí cuentan lo que sí y lo que no pasó, ando de boca en boca, así me gusta, vale más ser la Chona jijadelajijurria.



La Adelita



Becky Rubinstein

Ilustraciones

Carlos Badillo Cruz

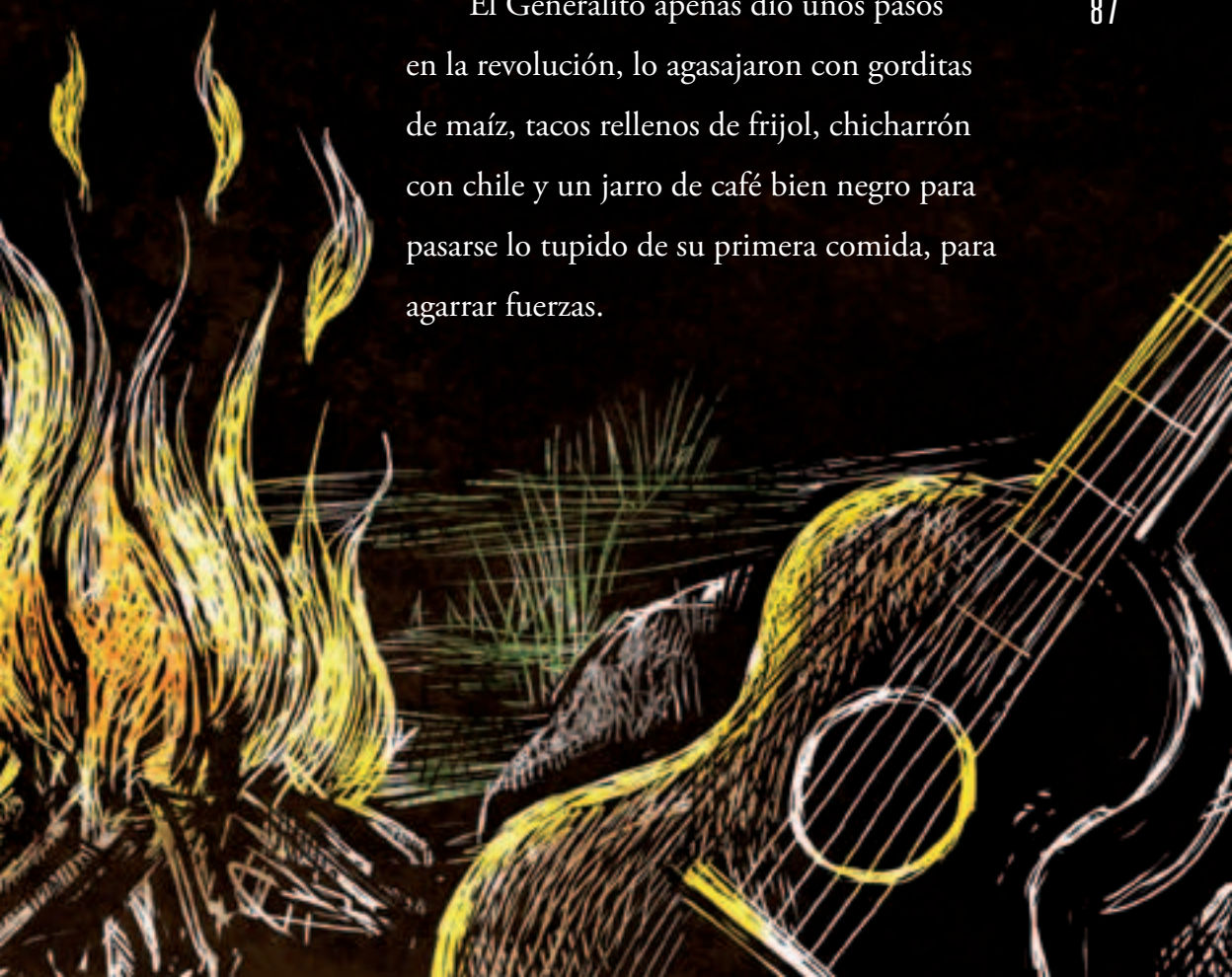


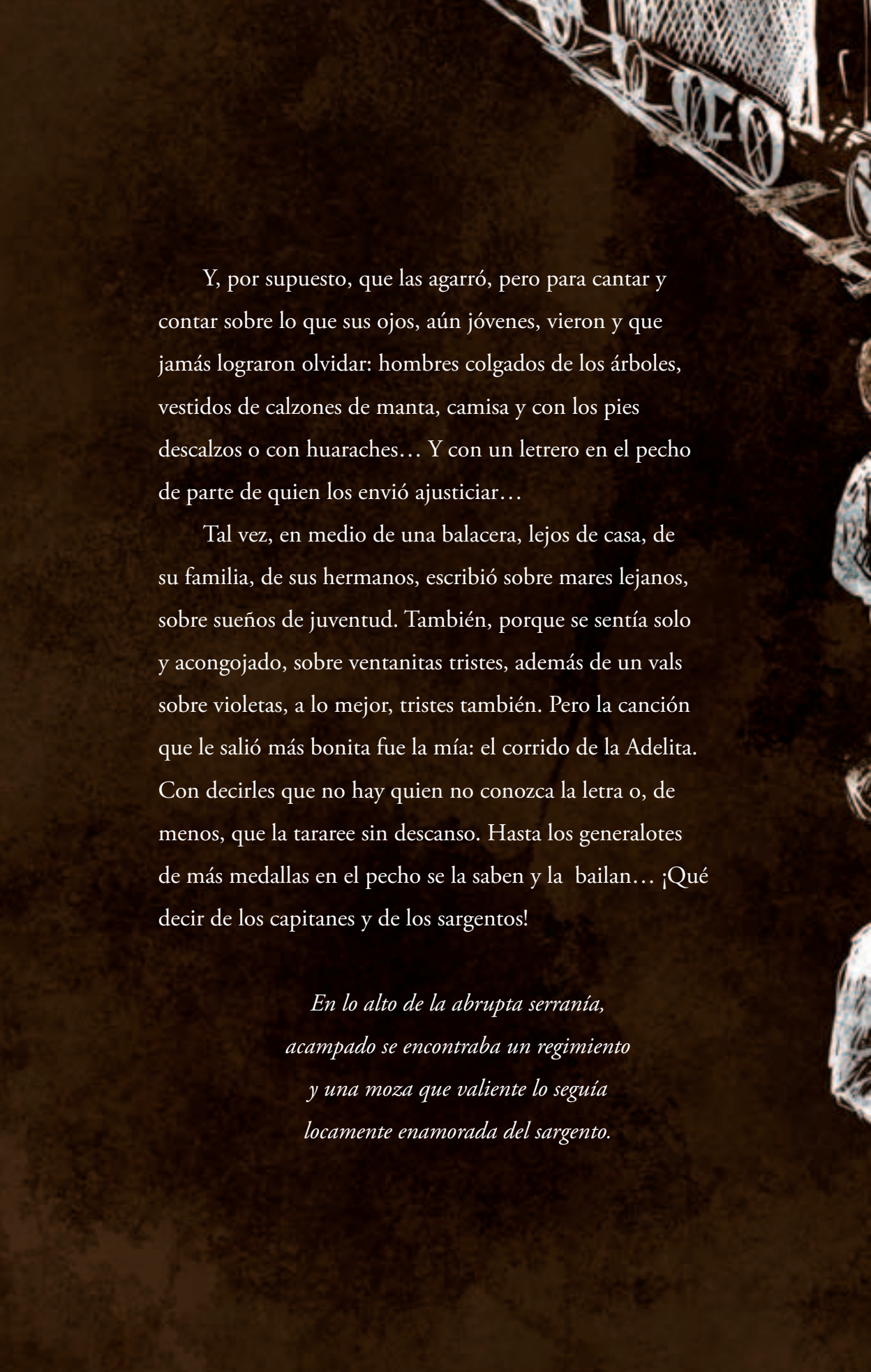


No sé si soy de verdad o me inventó “el Generalito”, un muchacho de apellido Cordero, que de cordero nada tenía. El condenado hasta fue a parar a la revolución...

En Ometusco, Hidalgo, fue herido en una pierna, de ahí que cambiara para siempre el fusil por la guitarra... ¡Y ganó mil batallas con su música!

El Generalito apenas dio unos pasos en la revolución, lo agasajaron con gorditas de maíz, tacos rellenos de frijol, chicharrón con chile y un jarro de café bien negro para pasarse lo tupido de su primera comida, para agarrar fuerzas.





Y, por supuesto, que las agarró, pero para cantar y contar sobre lo que sus ojos, aún jóvenes, vieron y que jamás lograron olvidar: hombres colgados de los árboles, vestidos de calzones de manta, camisa y con los pies descalzos o con huaraches... Y con un letrero en el pecho de parte de quien los envió ajusticiar...

Tal vez, en medio de una balacera, lejos de casa, de su familia, de sus hermanos, escribió sobre mares lejanos, sobre sueños de juventud. También, porque se sentía solo y acongojado, sobre ventanitas tristes, además de un vals sobre violetas, a lo mejor, tristes también. Pero la canción que le salió más bonita fue la mía: el corrido de la Adelita. Con decirles que no hay quien no conozca la letra o, de menos, que la tararee sin descanso. Hasta los generalotes de más medallas en el pecho se la saben y la bailan... ¡Qué decir de los capitanes y de los sargentos!

*En lo alto de la abrupta serranía,
acampado se encontraba un regimiento
y una moza que valiente lo seguía
locamente enamorada del sargento.*





El Generalito, si ustedes lo hubieran conocido como yo..., vio la luz primera, como repiten los que escriben versos, cuando en las calles de la ciudad capital se gritaban vivas por Venustiano Carranza —el que luego fue presidente y luego, por cosas de la vida, muerto en Tlaxcalantongo—, y la gente corría por miedo en completo desorden, como si les hubieran dado la orden de romper filas...

Se veían tropas de a caballo, trenes repletos de soldados, de sombreroudos encalzonados con sus cananas atadas al pecho, con sus inseparables 30-30. El aire entonces olía a pólvora, redoblaban los corazones al son de los tambores. El cuero se enchinaba...

Poca cosa: ¡había prendido la contienda!

¿Qué si conocí al muchacho aquel? Lo suficiente como para relatarles una de sus *puntadas*. Bueno, la de Zapata y Villa, que jura y perjura que presenció, y que cuenta como si estuviera paradito enfrente:

“Durante una visita que Francisco Villa hizo a Emiliano Zapata, Zapata invitó a Villa a sentarse por un momento en la silla presidencial. Villa aceptó. Al ponerse de pie, fue que dijo: ‘Si para quedarse sentado en esta silla hay que olvidarse de los que esperan de pie, prefiero la silla de mi caballo’”.

¡Ay, mi Generalito! Con sus canciones quiso enseñar que el valiente no tiene por qué ser un bravucón y que el bravucón no es para nada valiente. Sí, un juego de palabras como los que tanto le gustaban.

Si lo sabré yo, la Adelita, nacida Altagracia Martínez, pa' servirle a usted... y a mi Juan. Y ahí les va: por qué si me bautizaron de un modo, me llaman de otro... En otras palabras, por qué en la pila me bautizaron como Altagracia y acabé en Adelita. No es que se cambien los nombres como vestidos, crinolinas o rebozos de seda... o como zapatos o huaraches... o como listones o sombreros...

Yo no tuve nada que ver con el cambio de nombre; tan sólo me lo endilgaron. De la noche a la mañana me llamaban: "Adela, ven pa'ca", "Adela, ve pa'llá". Y yo, modosita, como que me choca pelear por pelear, iba y venía sin pensar en mí ni en mi amacita, que me llamaba como me llamaba.

Y apenas escuché la letra del Generalito, que también escribió sobre una Virgen de Barro y sobre un tal Juan Charrasqueado, al parecer de gran nombre y fama, casi me desmayo de puro gusto y de puro susto. Seré clara como el agua: de puro gusto porque sabía que hablaba de las hembras —y entre ellas me incluyo— que pelearon a su modo en esta revolución que llegó, según parece, pa'

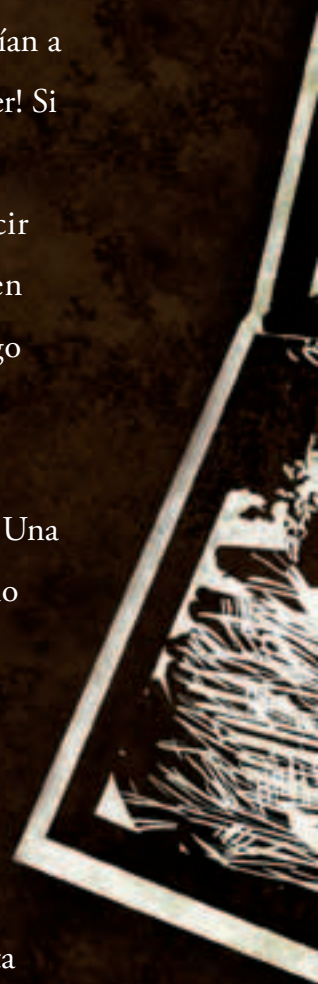


poner orden; y de puro susto porque, apenas volteaba, veía una igualita a mí: con brillantes trenzas negras, faldas largas, más abajo del huesito, pa' no dar de qué hablar, y huaraches limpiécitos. Adelitas todas que, corre que te corre, iban a socorrer a sus *Juanes*. Porque lo crean o no, de pronto el Tomás, el Pedro, el Tiburcio y el Rodolfo acabaron llamándose simplemente Juan, y como eran muchos: Juanes. Y como tales respondían cuando salían a campaña. ¡En tiempos de revuelta todo puede suceder! Si lo sabré yo, famosa por...

Como no me gusta presumir, se los voy a decir quedito y aquí entre nos y, si les cuadra, lo pueden repetir, que yo también, como el Generalito, cargo mis historias:

Aquel mentado Pancho Villa, en uno de sus arranques, acabó con la vida de cincuenta cristianos. Una verdadera carnicería a mis ojos. ¿Qué hice yo? Pues no sólo abrir mi bocota, como se dice, sino abrir fuego. ¡Por poquito y le doy un plomazo! Y no es que me agrade andar echando bala donde pongo el ojo. ¡Para nada!

Prefiero, si me lo preguntan, plancharle con una planchota de carbón los pantalones de manta a mi Juan pa' que me lleve a bailar al cuartel... Pero, qué





caray, no puedo con las injusticias: cincuenta Adelitas amenazadas de muerte, como para seguir el destino de sus Juanes, y yo calladita... ¡Eso no es pa' mi carácter! Las otras, en mi lugar, seguritito harían lo mismo. Las Adelitas, esas sí que son mujeres bravías, cabales, como Dios manda.

Desde que nomás amanece, andan haciendo un montonal de cosas para sus Juanes y pa' *la bola*. Desde coserle los botones a sus camisas, hasta... bueno... Los dedos de mis dos manos, ajadas de tanta faena, no me alcanzan pa' contar los menesteres de una Adelita ya amanecida. Desde que el gallo canta, o mucho antes, cuando las estrellas están en su punto —como claras de huevo a punto de turrón pa' los huazontles capeados— abren los ojos. Y luego, luego, se ponen a echar las tortillas calientitas pa' los tacos de chicharrón, de longaniza... Los soldados siempre andan con hambre atrasada. Y como que andar de peleonero en esta revolución abre el apetito. Y luego, Dios no lo mande, si algún Juan cae herido, hay que remendarlo y no



tomar espanto de mirarle las heridas... Al principio nos tapábamos los ojos, pero, abiertos o cerrados, hay que aprender a mirar de frente a La Catrina, a esa señora matona, tamaña bandida que no respeta ni a villistas ni a carrancistas, tampoco a los zapatistas ni a los huertistas...

¡Cuántas Adelitas cayeron pa' defender a sus Juanes! ¡Cuántos Juanes cayeron pa' defender a sus Adelitas...! ¡Y a sus chilpayates! Y todo pa' poner orden en las vidas.





De otra manera no entiendo la revolución... Ojalá no haya más guerras ni levantamientos ni batallas. La sangre corre y no hay modo de pararla... Ninguna canción, ningún corrido, por más feliz que se oiga, puede resarcir el dolor de una madre, de una esposa.

*Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita fuera mi mujer,
le compraría un vestido de seda
para llevarla a bailar al cuartel.*

99

Soldaderas de primera fuimos y estuvimos, como se dice, “al pie del cañón”. Si nos mandaban a enviar una carta, aunque retumbaran los cielos, ahí estábamos. Si nos mandaban a espiar al enemigo, ahí andábamos sin chistar. Si nos decían ponte las cananas... ya sabíamos pa' qué.

Todo lo hice; todo lo hicimos las Adelitas. Y ojalá no tengamos que volver a hacerlo.

No hay como la paz para vivir entre hermanos...

*Y si acaso yo muero en la guerra
y mi cadáver lo van a sepultar,
Adelita, por Dios, te lo ruego,
que por mí no vayas a llorar.*



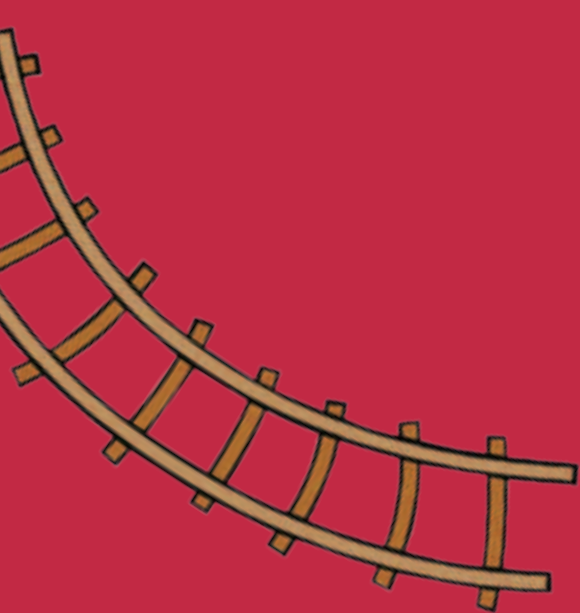


Pero de lo que no me arrepiento, como que me bautizaron Altagracia Martínez, es de haber pedido, ¡qué digo pedido, reclamado: que la mujer tenga voz y voto! Además de zurcir calzones, hay otras cosas: como decidir a quién queremos que ocupe la silla. Yo voto, por qué no, por una Adelita de esas que se las saben de todas todas...

101

Y, si me lo permiten, ahí les van otras palabras del corrido, salidas de la pluma de mi Generalito, el tal Cordero, una verdadera fiera pa' la música y que, inspirado, escribió sobre nosotras, las Adelitas de la revolución:

*Popular entre la tropa era Adelita,
la mujer que el sargento idolatraba,
que además de ser valiente era bonita,
que hasta el mismo coronel la respetaba.*





Epílogo

Las soldaderas

Voy con orgullo tras mi bandera
y te aseguro que he de triunfar,
si está repleta mi cartuchera
mi soldadera me ha de animar...

103

La Soldadera,
corrido de la revolución mexicana

MARÍA TERESA JARQUÍN

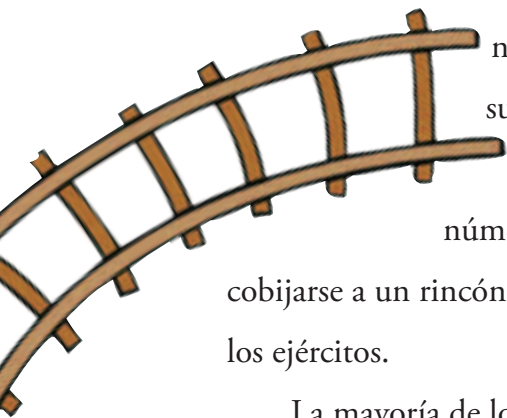
Aparte de la locomotora, entre las heroínas de la revolución mexicana, debes saber que existieron numerosas mujeres que en ocasiones llevaron un trato peor que el que se daba a los caballos. Ellas ayudaron tanto a soldados como a revolucionarios, pero además se lanzaron también a la lucha; a estas mujeres se les conoce como soldaderas, aunque es cierto que existieron otras conocidas como

soldadas o soldados femeninos, la diferencia entre unas y otras radica en la labor que desempeñaron dentro de la lucha. Te explico: las soldaderas fueron aquellas mujeres que se encargaban de dar de comer a los soldados, atenderlos y realizar algunas otras labores que se describen en los siguientes párrafos.

Las soldadas o soldados femeninos, por su parte, participaron en la lucha a la par de los hombres; muchas de ellas habían empezado a participar en la revolución como soldaderas y luego decidieron dar un paso más adelante en el movimiento armado.

Te cuento más sobre la diferencia entre estos dos tipos de mujeres revolucionarias: las soldaderas mantuvieron viva y fecunda la revolución mexicana; sin ellas este movimiento no hubiera continuado, pues si los soldados no llevan su casa a cuestas, es decir, su soldadera con su catre plegable, su sarape, ollas, provisiones y tortillas, el número de hombres que habrían corrido a cobijarse a un rincón caliente hubiera significado el fin de los ejércitos.

La mayoría de los soldados se conseguían mujeres para que los atendieran, y en muchas ocasiones se las robaban al enemigo. Por eso en los pueblos, a las primeras que las



familias encerraban y vigilaban eran a las mujeres, no fuera a ser que se las llevaran tropas invasoras, pues de inmediato lo que los revolucionarios buscaban al llegar a un pueblo eran mujeres y dinero, en ese orden. Después se preocupaban por la comida, las armas y los caballos. Así eran por entonces las cosas.

Entre las tareas que las soldaderas realizaban se encontraban las de proveer a los soldados o rebeldes –quienes por lo general eran sus esposos, amigos o padres– del alimento que necesitaban; algunas de estas mujeres incluso seguían a la tropa para venderles carne seca y otros suministros, o para hacer sus tortillas y cocer sus frijoles. También brindaban ropa limpia y el cuidado necesario, en caso de que los hombres fueran heridos. En fin, hacían todas estas tareas o servicios que la milicia como tal no realizaba. No obstante, su labor abarcaba muchísimo más que eso. ¿Puedes imaginarlas llevando a cabo misiones como las de espiar al enemigo, contrabandear armas de Estados Unidos y cortar el pasto para dar de comer a los caballos de las tropas? Pues sí, todo eso hacían y, si era necesario, también se lanzaban al combate.

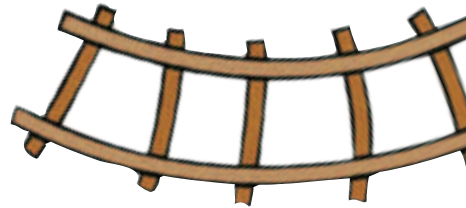
De hecho, las soldaderas tenían más responsabilidades que los hombres, quienes sólo se dedicaban a luchar con las



armas, en los lugares donde se les mandaba; sin embargo, muchas de estas mujeres no fueron reconocidas como se lo merecían, a pesar de todo su trabajo. Imagínate: cuando las tropas viajaban en tren, ellas, junto con sus hijos, debían viajar afuera o sobre el techo de los vagones y, si iban a pie, ellas transportaban, junto con las armas, las provisiones y elementos para cocinar, pues ir a caballo era privilegio reservado para los hombres. Incluso cuando las soldaderas estaban embarazadas, seguían acompañando a los soldados y si debían dar a luz, apenas se detenían para ello, descansaban un poco y continuaban su marcha.

Así pues, durante la revolución mexicana, trabajar entre la tropa se convirtió para estas mujeres en una manera de ganarse la vida y mantener a sus hijos. Por otra parte, las soldaderas eran mujeres libres, podían irse a la hora que se les antojara, acompañar a los soldados por todo el país o hasta cambiar de pareja a voluntad. Sin embargo, la mayoría le era fiel a su hombre y, en caso de que el esposo muriera, había dos opciones: unirse a otro soldado o tomar el uniforme y las armas del difunto, convirtiéndose así en soldada.

Muchas de estas mujeres soldados se hicieron famosas entre el fuego de las ametralladoras y los fusiles, entre el

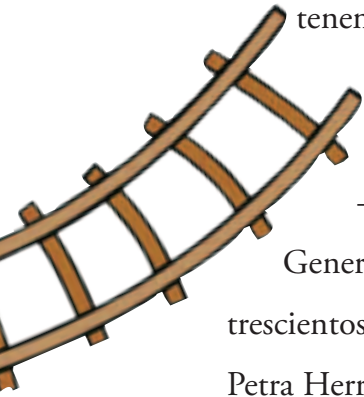
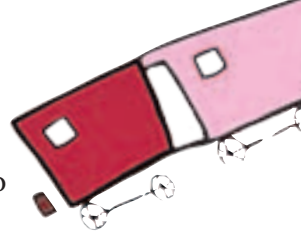


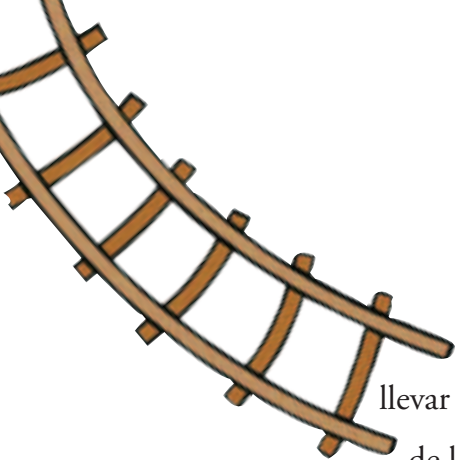
cañoneo y el avance de la infantería, entre el tronar de las metrallas y el galope de los caballos. Al principio fueron soldaderas de base, después coronelas, e incluso algunas dirigieron grupos rebeldes.

Casi todas las tropas tenían una coronela o una capitana famosa, por lo general una robusta joven con aretes, armada hasta los dientes, quien junto con los soldados temerarios entraba inmediatamente en acción. Entre algunas de estas mujeres que registra nuestra historia

tenemos a Rosa Bobadilla, Juana Ramos “la Tigresa”, Carmen Parra de Alanís –mejor conocida como la coronela Alanís–, Clara de la Rocha –comandante de guerrilla–, Carmen Vélez “la Generala” –quien se destacó por mandar a más de trescientos hombres–, Petra Ruiz –teniente carrancista– y Petra Herrera –quien formó su propia brigada de más de mil mujeres.

Pese a la valiosa ayuda que estas mujeres valientes aportaban a los soldados, en algunas ocasiones no siempre fueron bien vistas por los dirigentes y generales. Por ejemplo, Pancho Villa, quien concibió a sus *Dorados* como una fuerza de caballería exclusivamente masculina, les decía: “Soldados, no permitan mujeres en la batalla”. Se cuenta incluso que cierta ocasión un oficial villista trató de





llevar a su soldadera y terminó fusilado; después de lo cual Villa les dijo a los otros: “Ésta es mi advertencia para los demás”.

Quizá la razón de que estas mujeres nunca hayan tenido un nombre específico o una participación clara en la milicia, se debe a la forma tradicional en que se trataba a la mujer en nuestro país y al temor de los jefes militares de que ellas ascendieran y llegaran a ocupar cargos de relevancia dentro de las fuerzas armadas y más adelante en la política.

Sin embargo, los corridos suplieron la falta de reconocimiento de su labor dentro del movimiento armado, es así como figuras como la Rielera, la Valentina o la Adelita ejercieron su encanto en los oyentes. Respecto a esta última existen varias versiones, pero todas coinciden en pedirle a esta mujer que no se vaya con otro, en comprarle un vestido o un rebozo de seda para llevarla a bailar al cuartel y, sobre todo, en seguirla por tierra y por mar, “si por mar, en un buque de guerra; si por tierra, en un tren militar”. La versión más aceptada del origen de este corrido asienta que Adela Velarde Pérez, nacida en Chihuahua, se fugó de su casa y a los catorce años, en febrero de 1913, se unió a las tropas carrancistas.

Así pues, los ejércitos, la guerra y las revoluciones ocurridas en México han tenido un gran impacto en la

vida de innumerables mujeres desde la época anterior a la Conquista. Mujeres guerreras, vivanderas, coronelas, soldaderas y adelitas solamente son algunos de los nombres dados a estas mujeres anónimas, pero llenas de gran valor, que dieron un rostro particular a nuestra revolución.

Autores

Becky Rubinstein (Méx., D.F.; 1948). Poeta y narradora especializada en literatura infantil; promotora cultural; traductora del hebreo, idish e inglés. Es licenciada en lengua y literatura hispánicas, maestra en literatura española, por la Universidad Autónoma del Estado de México (Uaeméx), y doctora en lenguas modernas, por la Universidad Iberoamericana (UIA).

Entre sus reconocimientos sobresalen: Premio Nacional de Cuento Infantil “Juan de la Cabada”, convocado por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) en 1988, por *Un árbol gatológico*; mención de honor en el Premio Mundial de Literatura “José Martí”, convocado por la Fundación Iberoamericana de Creación para Niños y Jóvenes “José Martí”, en 1997; Octavo Premio Nacional Tinta Nueva, por *Toro aciago*, en 2006; mención en el Concurso “Cuento de Alebrijes”, convocado por el Museo de Arte Popular, en 2007.

Carlos Badillo Cruz (Tepetzintla, Ver.; 1978). Licenciado en diseño gráfico por la Uaeméx. Ha expuesto, individualmente, *Disparos del Ojo* en 2003. En 2005 obtuvo el Premio Estatal de la Juventud al Mérito Artístico y ganó una beca otorgada por el Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México (Focaem). Fue seleccionado para las ediciones 14, 15 y 17 del Catálogo de Ilustraciones de Publicaciones Infantiles y Juveniles del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) en la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil. Ha sido invitado en dos ocasiones por la Asociación Cultural Teatro, Italia, para participar en los concursos de ilustración “*Un Giallo da Favola*” y “*Oltre lo Specchio*”.

En 2008 pintó el mural monumental *Resurgimiento* en la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Uaeméx. Fue seleccionado, en 2008, con dos obras para la Muestra Internacional de Ilustradores Infantiles “Sueños en Papel” en el Museo Trompo Mágico de Guadalajara, Jalisco.

Enrique Villada (San Miguel Almaya, Edo. Méx.). Estudió letras españolas en la Uaeméx. Fue becario de la tercera generación del Centro Toluqueño de Escritores. Obtuvo el Premio de Poesía “Nezahalcóyotl”, en 2002. Becario del Focaem en 2008, en la modalidad de artistas con trayectoria. Imparte talleres de poesía y es profesor de literatura. Obtuvo mención honorífica en el Premio Nacional de Poesía para Niños “Narciso Mendoza”, en 2000, con un libro en homenaje a Vincen Van Gogh. Es autor de *Estuario luminoso*, *Palabras para un*

viaje –mención honorífica en el Segundo Concurso Interamericano de Poesía “Navachiste” 1994–, *Hojas de octubre*, *Castillos de luz* y *Abecedario* (poesía); *Ensayo de mi dulce gozo* (ensayo); *Whitman, el árbol* (cuento), y *Espantatiteres* (obra para títeres). Ha publicado poemas en las revistas *Blanco Móvil*, *La Colmena*, *La Grapa*, *La Troje* y *Castálida*. Escribió la letra para el himno del Bicentenario: “Canto a la libertad”, que musicalizó Horacio Rico Machuca.

Flor Cecilia Reyes (Oaxaca, Oax.). Poeta, promotora cultural y literaria. Estudió letras españolas en la Facultad de Humanidades de la Uaeméx y está diplomada en creación literaria por la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Colabora para diferentes publicaciones, así como para la radio y la televisión en el Estado de México. Ha sido antologada en una veintena de libros en México y el extranjero. Su obra ha sido traducida a varios idiomas. Entre sus publicaciones destacan: *Atopos*, *Cerro de magueyes*, *Derrumbes*, *Como una luz callada*, *Cántaro sonoro*, *Péndulo* y *Machincuepa*, este último título compendia haikus para niños y se encuentra traducido del español al matlatzinka, otomí y mazahua. Su trabajo literario y de promoción cultural le ha merecido diversos premios y reconocimientos.

Marco Aurelio Chavezmaya (Metepac, Edo. Méx.; 1960). Narrador y poeta. Entre sus reconocimientos sobresalen: el Premio Nacional de Poesía “Gilberto Owen Estrada”, otorgado por la Uaeméx en 2005; el Premio Nacional de Cuento “Gregorio Torres Quintero”, Colima, 2008; el Premio Nacional de Poesía Juegos “Florales de San Juan del Río”, Querétaro, 2008; el Premio Nacional de Cuento Breve “Agustín Monsreal”, Yucatán, 2009, y el Premio Hispanoamericano de Poesía para Niños, 2009, convocado por la Fundación para las Letras Mexicanas y el Fondo de Cultura Económica (FCE), gracias a su libro *Árbol de la vida*, el cual fue publicado por el FCE en octubre de 2010.

Entre sus publicaciones destacan: *Los amorosos*, *Aquí habita la felicidad*, *El león duerme esta noche*, *Estética unisex* (cuento); *Memorias sensuales de Erot Méliés* (noveleta); *La carne, la agridulce carne* (textos eróticos), y *Letras sencillas de amor y desamor* (poesía).

María Teresa Jarquín (Toluca, Edo. Méx.). Doctora en historia de América por la Universidad Complutense de Madrid y doctora en historia de México por El Colegio de México. Actualmente es profesora-investigadora en El Colegio Mexiquense, A.C., y es integrante del Consejo Consultivo Interinstitucional de Historia de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Fue fundadora de El Colegio Mexiquense, A.C. Obtuvo el Premio Nacional Banamex “Atanasio G. Saravia” de Historia Regional Mexicana, 1986-1987, y el Premio Estatal de Ciencia y Tecnología del Estado de México en 2008. En 2010 el Instituto

Mexiquense de Cultura (IMC) le otorgó el reconocimiento a su trayectoria académica como historiadora. Entre sus publicaciones destacan: *Formación y desarrollo de un pueblo novohispano: Metepec en el Valle de Toluca*, *Congregaciones de pueblos en el Estado de México (fuentes para la historia del Estado de México 4)*, *Breve historia ilustrada del Estado de México*, *El condado de Calimaya / Documentos para la historia de una institución señorial*, *Una batalla epistolar del siglo XVIII / El peregrinar de San Juan Bautista en Metepec*, *San Juan Bautista de Metepec: vástago de dos culturas*.

Patricia Rodríguez Salas (Toluca, Edo. Méx.). Egresada de la licenciatura en diseño gráfico de la Uaeméx. Obtuvo las Presea “Ignacio Manuel Altamirano” y la Presea al “Mejor Estudiante” de la licenciatura. Sus innovadoras propuestas editoriales e imagen corporativa la han llevado a ganar diversos premios. Ha colaborado como ilustradora en diversos libros infantiles y en revistas.

Patricia Romero (Toluca, Edo. Méx.; 1963). Licenciada en sociología y maestra en estudios para la paz y el desarrollo por la Uaeméx. Actualmente estudia el doctorado en ciencias de la educación en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México (ISCEEM). Ha colaborado como ilustradora en revistas como *Dos Valles*, *Castálida* y *La Colmena*, así como en diferentes publicaciones del IMC, como en la colección Cuaderno de Malinalco, entre otros.

Ricardo Sánchez Arreola (Toluca, Edo. Méx.). Artista plástico. Ha trabajado principalmente en editoriales estadounidenses como IDW Publishing y Devils Due; también ha trabajado para la editorial indú Capmfire. Actualmente realiza ilustraciones para la revista *El Nuevo Día*, editada en Puerto Rico.

Sol Rubí Santillana Espinosa (Toluca, Edo. Méx.; 1984). Egresada de la licenciatura en ciencias de la comunicación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), campus Toluca. Comenzó su carrera periodística en el diario *Portal*. Ha trabajado como reportera en la serie de noticieros radiofónicos “Así Sucede”, en el 1130 Noticias del Grupo ACIR. En 2003 fundó el grupo “Medusa” Compañía Teatral, donde ha escrito y dirigido diversas obras teatrales. En 2008 se hizo acreedora a la beca de invierno para narrativa otorgada por la asociación civil Centro Toluqueño de Escritores (CTE); su primera novela será producto de esta beca. Actualmente es guionista y reportera de Noticieros Televisa, Estado de México. También realizó la investigación de campo en el libro *Manos y prodigios* y participó, con la elaboración de crónicas, en el libro *Inspiración y compromiso: los jóvenes del Estado de México*; ambas publicaciones forman parte de la Biblioteca Mexiquense del Bicentenario.

índice





7

Presentación

Elizabeth Vilchis Pérez



9

Prólogo

María Mercedes Colín Guadarrama



13

La Rielera

Marco Aurelio Chavezmaya



29

Mi Coronela, dice la Lagartija

Sol Rubí Santillana Espinosa



45 Mi Valentina
Enrique Villada



67 Chona “la Tequera”
Flor Cecilia Reyes

115




85 La Adelita
Becky Rubinstein



103 Epílogo

Las soldaderas
María Teresa Jarquín



El tren de las revolucionarias

Se terminó de imprimir en
el mes de Julio de 2012, en los talleres de
Diseño e Impresión S.A. de C.V. ubicados en la calle
Colombia no. 215 col. Américas, Toluca, Estado de México.
La edición, responsabilidad del Subcomité Editorial del Consejo
Estatad de la Mujer y Bienestar Social, consta de 1,000 ejemplares.
Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y Elisena Ménez Sánchez.
Diseño: Concepción Contreras Martínez.
Coordinación general: Rosalba Vera Núñez
Para su composición tipográfica se emplearon las fuentes Adobe
Garamond Pro (diseñada por Claude Garamond, en 1530) y
House Gothic HG23 Cond (diseñada por Tal Leming,
en 1995).